IMPULSO

REVISTA MENSUAL | 20 ctvos. | AGOSTO de 1928

¡ABAJO LAS ARMAS!



EDICIÓN ESPECIAL CONTRA LA GUERRA Y LAS CAUSAS QUE LO ORIGINAN

CONTRA LA CAUSA DE LAS GUERRAS

Después de la horrible hecatombe europea cuyo 14 aniversario se cumple en estos días quedan ya muy pocos individuos con suficiente coraje y desvergüenza para asegurar que la guerra es un bien.

Por el contrario, gobernantes, políticos, jefes de iglesia, publicistas y pensadores la han condenado con rara unanimidad, considerándola como el más monstruoso de los crímenes.

Pero... mientras las conferencias antibélicas se multiplican, siguen las naciones ensayando nuevos y más terribles medios de matanza, armándose hasta los dientes y agudizando los odios raciales y conflictos económicos por medio de la insensata prédica patriotera de la prensa y hasta de la escuela, como si todos tuvieran prisa de provocar una nueva catástrofe.

Ante esas pruebas concluyentes de la insinceridad de casi todos los gobernantes pseudo pacifistas, cabe preguntar ¿Que hacer para evitar realmente el estallido de una nueva guerra?

Para nosotros la respuesta se presenta bien clara: combatiendo el capitalismo.

Régimen de minoria y privilegio, el sistema burgués necesita del engaño o de la violencia para sostenerse. Y hoy desata la reacción estatal contra los obreros organizados; mañana neutraliza los pacíficos avances populares, por medio de la dictadura; somete, pasado, a su albedrio con las armas imperialistas a las naciones débiles, y, cuando no le queda otro medio de eliminar a una rival poderosa, le declara la guerra. Esta es, pues, uno de los tantos aspectos de la reacción capitalista.

Siendo así, lógicamente la lucha contra la guerra debe ser una lucha revolucionaria contra el capital.

Revolucionaria, porque veinte siglos de fracasado cristianismo han demostrado que solo por la fuerza se logra arrancar a una minoría dominadora sus privilegios. Y anticapitalista, pues siendo el capitalismo la causa originaria de la guerra, es natural que se deba combatir a aquél para hacer desaparecer a ésta que es su efecto.

Cuando mañana, por obra de su creciente organización y fuerza, los trabajadores lleguen a suprimir la propiedad individual y la explotación privada, desaparecerán automáticamente todos estos problemas del militarismo, la guerra, el fascismo, etc. Pues, siendo los obreros los dueños de la producción, no tendrían interés ni beneficio alguno en sostener ejércitos ni armamentos inútiles para ellos, ni barreras aduaneras perjudiciales al desarrollo económico de los pueblos, ni escuelas chauvinistas, ni voceros del patrioterismo irracional; desde que todo eso carecería de objeto, al no existir los encontrados intereses que hoy les dan origen.

En síntesis: todo sincero pacifista debe ser un activo militante en las organizaciones anticapitalistas de su preferencia y un propagandista de la unidad de acción de los trabajadores, única fuerza capaz de voltear al régimen burgués.

Y quien busque salidas por otro lado no hará sino perderse tontamente entre las ramas; pues désele las vueltas que se quiera y míresele por donde se le mire el problema de la lucha contra la guerra no tiene otra solución posible.

AÑO I PUNTA ALTA-BAHIA BLANCA, AGOSTO DE 1928 N°. 3

Número suelto 0.20 $
Semestre ..... 1.20 »

IMPULSO

Revista mensual

EDITADA POR EL CENTRO "LIBERTAD"

AGRUPACIÓN CONTRA EL FASCISMO Y EL IMPERIALISMO

CUADROS DE LA GUERRA

Estas descripciones fragmentarias, pálido reflejo del conjunto, han sido extraidas de la obra «EL FUEGO» de *Henri Barbusse*, quien, con su pluma genial supo expresar, como nadie, el sombrio horror de la matanza europea.

TRINCHERAS

He aquí la trinchera. El fondo está tapizado de una capa vistosa, de la que el pie se despega a cada paso con ruido, y huele mal alrededor de cada abrigo, a causa de los orines de la noche. Los agujeros mismos, si se acerca uno al pasar, hieden también como bocas de alcantarilla.

Veo emerger sombras de estos pozos laterales y moverse masas enormes y disformes: especie de osos que patalean y gruñen. Somos nosotros.

Estamos enmitonados, como los habitantes de las regiones árticas. Lanas, mantas, telas de saco nos empaquetan, nos agobian, nos redondean extrañamente. Algunos se desesperezan, vomitan bostezos. Se aperciben rostros rojos o lívidos, con manchones que los cruzan, agujereados por ojos turbios, crizados de barbas no recortadas o engrosadas por pelos no afeitados.

¡Tac! ¡Tac! ¡Pan! Tiros de fusil; cañoneo. Por encima de nosotros, por todas partes, crepita y rueda el bombardeo en largas ráfagas o en disparos aislados. El sombrío y flamígero huracán no cesa jamás, jamás. Desde hace más de quince meses, desde hace quinientos días, en este lugar del mundo en que estamos, la fusilería y el bombardeo no se han detenido de la mañana a la noche, de la noche a la mañana. Está uno enterrado en el fondo de un eterno campo de batalla; pero como el tic-tac del reloj de nuestras casas, en los tiempos de antaño, en el pasado casi legendario, no se oye eso sino cuando se escucha.

RANCHO

Era en un profundo ramal de retaguardia donde, después de una mañana de terraplenamiento, nos habían reunido para comer, Caía una lluvia torrencial; estábamos ahogados y zarandeados por la inundación y comíamos de pie, en fila, sin abrigo, a pleno cielo liquefacto. Era preciso hacer maravillas para preservar la carne y el pan de los chorros que caían de todos los puntos del espacio, y comíamos ocultando lo posible las manos y la cara bajo el capuchón. El agua chocaba,

saltaba y corría sobre los blandos caparazones de lienzo o de paño, y venía, tan pronto brutalmente como con hipocresía, a calar nuestras personas y nuestros alimentos. Los pies se hundían de más en más, tomaban amplias raices en el arroyo que corría por el fondo del foso arcilloso.

Algunos rostros reían, con el bigote goteante; otros gesticulaban por tener que comer el pan esponjoso y la carne lavada y ser azotados por las gotas que los asaltaban por todas partes la piel, al menor defecto de su espesa coraza fangosa.

ALOJAMIENTOS

Es casi inhabitable — ¡canalla de Dios! la granja que nos han asignado para vivir durante este período de reposo. Este asilo se hunde, tenebroso, rezumante y estrecho como un pozo. Una mitad está inundada — se ven flotar ratas — y los hombres están amontonados en la otra mitad. Los muros hechos de latas aglutinadas en barro seco, están rotos, acribillados, hundidos todos alrededor y ampliamente agujereados por arriba. Tapamos, más bien mal que bien, la noche que llegamos—hasta la mañana—, las brechas que están al alcance de la mano, metiendo en ellas ramas y hojas de zarzales. Pero las aberturas de arriba siguen boquiabiertas. Y si es verdad que la luz impotente no se atreve a entrar por ellas, el viento, por el contrario, se precipita, llega por todas partes, con toda su fuerza, y el pelotón sufre el soplo perpetuo de una corriente de aire.

Y cuando se está uno allí permanece uno en pié, en esa penumbra agobiadora, tentando las paredes, temblando y gimiendo,

¿Sentarse? Imposible. Es demasiado sucio el lugar: la tierra y el pavimiento están llenos de barro, y la paja, dispuesta para dormir, está húmeda a causa del agua que se infiltra y de los pies, que se pegan a ella. Además, si uno se sienta se hiela, y se extiende sobre la paja incómoda, el olor a estiércol y las emanaciones amonicales...

PARASITOS

Nos levantamos. Abandonamos el pesado olor de pipa, de vino y de café que se ha estancado en nuestro subterráneo. Desde que pasamos el dintel, un calor pesado nos azota el rostro, agravado por el tufillo de frituras que llena la cocina y que sale de ella cada vez que la puerta se abre.

Atravesamos multitudes de moscas que, acumuladas sobre los muros, en capas negras, se despliegan en bandos terribles cuando se pasa.

—Será como el año pasado... Las moscas, en el exterior; los piojos en el interior...

—Y los microbios, más al interior aún...

FUSILERIA

Una fusilería intensiva, furiosa, inaudita, batía los parapetos de la trinchera donde nos hicieron detenernos en aquel momento.

Era una granizada densa, que caía sobre nosotros; hendía terriblemente el espacio, rasgaba y desfloraba la llanura.

Miré por una tronera. Tuve una rápida y extraña visión.

Había, ante nosotros, a una docena de metros, lo más, unas formas alargadas, inertes, unas al lado de las otras —una fila de soldados segados—, y llegaban como una nube, de todas partes, proyectiles que acribillaban aquel alineamiento de muertos.

Las balas, que herían la tierra en líneas rectas, levantando delgadas nubes lineales, agujereaban, hundían, los cuerpos fuertemente pegados al

suelo, rompían los miembros rígidos, se perdían en rostros amoratados y vacíos, reventaban, con ruido, ojos liquefactos, y se veía bajo la ráfaga moverse un poco y cambiar de posición ligeramente, por trechos, la fila de los muertos.

Se oía el rumor seco producido por las vertiginosas puntas de cobre penetrando en los paños y en las carnes; el ruido de una cuchillada, de un bastonazo estridente aplicado a las vestiduras. Por encima de nosotros corría un haz de silbidos agudos, con el canto descendente, cada vez más grave, de los rebotes. Y bajamos la cabeza bajo este desfile extraordinario de gritos y voces.

UNA PRESA

Los soldados no se mueven. retienen su aliento. Sus ojos fijos, a ras de tierra, ven removerse algo en la noche; después, una sombra con piernas se destaca, se aproxima, pasa, se perfila. Está cubierta por un casco, recubierto por una funda, bajo la cual se adivina la punta. No hay otro ruido que el de la marcha de este hombre que ha pasado.

Apenas ha pasado el alemán, cuando los cuatro soldados con un solo movimiento, sin haberse concertado, se lanzan, se empujan, corren como locos y se echan sobre él.

—*Kamerad, messieurs*—gime.

Pero se ve brillar y desaparecer la hoja de un cuchillo. El hombre se derrumba, como si se hundiera en la tierra.

—¡Ha muerto un enemigo!

EL TRAIDOR

—Ahí es--me dijo—donde han fusilado esta mañana a ese soldado del 204°...

Han plantado el poste durante la noche. Lo trajeron al alba, y los chicos de su escuadra fueron los que lo han matado. No quería ir a las trincheras; durante el relevo se había quedado atrás, y después había ganado suavemente el acantonamiento. No ha hecho nada más; sin duda, han querido dar un ejemplo.

Nos acercamos a la conversación de los otros.

—No, de ninguna manera—decía uno,—No era un bandido; no era un guijarro duro, como estos que ves. Habíamos partido juntos. Era un pobre hombre como tú y como yo, ni más ni menos, un poco flemático, pero nada más. Estaba en primera línea desde el comienzo, conmigo, y nunca le vi borracho...

—Se ve un poco de sangre cuando se mira—dijo un hombre, inclinado.

—Ha habido de todo—siguió otro —en la ceremonia, desde la A a la Z: el coronel a caballo, la degradación...; después lo ataron a este postecito, ese piquete de matadero. Debieron forzarle a ponerse de rodillas, o a sentarse, con un poste de ese tamaño.

—No se comprendería esto — dice un tercero, después de un silencio— si no fuera por eso del ejemplo que ha dicho el sargento.

Sobre el poste había, grabadas por los soldados, inscripciones y protestas, bajo un cartel que decía: «Por traidor».

MUERTOS

Sobre el terreno vago, sucio y enfermizo, en que la hierba seca se enfanga y se pudre, se alinean los muertos. Son transportados allí cuando se ha vaciado de ellos las trincheras o la llanura durante la noche. Esperan, algunos desde hace tiempo, ser nocturnamente conducidos a los cementerios de retaguardia.

Nos aproximamos a ellos despacio. Están apretados unos contra otros; cada uno hace, con los brazos o las piernas, un gesto petrificado de agonía diferente. Los hay que muestran rostros semi-enmohecidos, la piel rugosa, amarilla, con puntos negros. Varios tienen la cara completamente ennegrecida, alquitranada, los labios tumefactos, enormes: cabezas de negro, infladas como vejigas. Entre dos cuerpos, saliendo confusamente de uno o de otro, un puño cortado y terminado por una bola de filamentos.

Otros son larvas informes, deshechas, de las que salen vagos objetos de equipo o pedazos de huesos. Más lejos, han transportado un cadáver en tal estado, que ha sido preciso colocarlo en una tela metálica, que se ha sujetado a las dos extremidades de una estaca. Lo han traído así en esa hamaca metálica. No se distingue lo alto ni lo bajo del cuerpo: en el montón que forma sólo se ve el bolsillo abierto de un pantalón. Se vislumbra un insecto que entra y sale en él.

Alrededor de los muertos revolotean cartas que, mientras los situaban en tierra, se han escapado de sus bolsillos o de sus cartucheras. En uno de esos pedazos de papel blanco que la brisa agita leo, inclinándome un poco,. una frase: «Mi querido Enrique, que buen tiempo hace para el día de tu santo». El hombro está sobre el vientre: tiene los riñones hundidos todo a lo largo por un profundo surco; su cabeza está medio vuelta; se ve el ojo hundido, y sobre la sien, la mejilla y el cuello, una especie de musgo verde ha nacido.

Una atmósfera angustiadora rueda con el viento alrededor de estos muertos y del amontonamiento de despojos que los cerca: telas de tienda o vestimentas de paños manchados, rígidos por la sangre seca, carbonizados por la quemadura de los obuses, endurecidos, terrosos, y podridos ya, en los que se revuelve y hurga una capa viviente. Nos sentimos mal, nos miramos bajando la cabeza y no osando confesar en voz alta que todo esto huele muy mal. Sin embargo, no nos alejamos de allí sino muy lentamente.

RUINAS

El pueblo ha desaparecido. Jamás he visto una tal desaparición. Ablaint-Saint-Nazaire y Carcuey conservan aún una forma de localidad, con sus casas hundidas y truncadas, sus plazas cubiertas de materiales y de cascotes. Aquí, en el cuadro de árboles sacrificados—que nos rodean en medio de la niebla como una decoración—, no hay nada que tenga forma: no hay siquiera un trozo de muro, de verja, de puerta que esté en pie, y se asombra uno al comprobar que a través del caos de postes, piedras y herrumbes haya adoquines. ¡Es que eso era una calle!

Diríase un terreno vago, sucio, pantanoso; en las proximidades de una ciudad, y sobre el cual ésta hubiera vertido regularmente durante largos años, sin dejar sitio vacío, sus escombros, sus basuras, sus materiales de derribos y sus trastos viejos: una capa uniforme de ruinas y de restos entre los que se hunde uno, y se avanza con dificultad y lentitud. El bombardeo ha modificado de tal modo las cosas, que ha cambiado el curso del arroyo del molino, que corre ahora al azar y forma un estanque sobre los restos de la pequeña plaza en que estaba la cruz.

A medida que se avanza, todo aparece trastornado, terrorífico, lleno de pobre, y huele a cataclismo. Se anda sobre un pavimento de cas-

cos de obús. A cada paso, el pie los tropieza; se engancha uno en ellos como en trampas, trompica uno en la complicación de las armas rotas, de los fragmentos de utensillos de cocina, de los bidones. de los hornos, de las máquinas de coser, entre los paquetes de hilos eléctricos, equipos alemanes y franceses, desgarrados bajo su corteza de barro seco, los restos de vestidos recubiertos de un matiz de un rojo obscuro. Y es preciso tener cuidado con los obuses no estallados, que por todas partes sacan su punta o presentan sus culotes o sus flancos, pintados de rojo, de azul o de ollín.

—Esta es la antigua trinchera boche, que han acabado por abandonar...

Está, a trechos, taponada; en otros, acribillada de agujeros de marmitas. Los sacos de tierra han sido desgarrados, despanzurrados, se han desplomado, vaciados, sacudidos por el viento; las maderas pardas han estallado y se las ve por doquier. Los abrigos están llenos hasta el borde de tierra y de no se sabe que. Se diría que es el lecho aplastado, ensanchado y fangoso medio seco, de un río abandonado por el agua y por los hombres. En un lugar, la trinchera está totalmente borrada por el cañón; el foso desbordado se interrumpe, y no es mas que un campo de tierra fresca, formada de agujeros, colocados simétricamente unos al lado de otros, a lo largo y a lo ancho.

Indico a Porteloo este campo extraordinario, en que un arado gigantesco parece haber pasado.

A LA BAYONETA

Todos avanzan a la vez. Se pone el pie en los escalones preparados por los zapadores, y. codo con codo, nos lanzamos fuera del abrigo de la trinchera y subimos al parapeto.

***

—¡Adelante!

Bruscamente, ante nosotros, en toda la anchura de la bajada, sombrías llamas se alzan, hiriendo el aire con detonaciones espantosas. En línea, de izquierda a derecha, cohetes salen del cielo y explosivos de la tierra. Es una espantosa cortina, que nos separa del mundo, que nos separa del pasado y del porvenir. Nos detenemos, fijos al suelo, estupefactos por la nube repentina que truena por todas partes; después un esfuerzo simultáneo levanta nuestra masa y la lanza adelante, muy de prisa. Se tropieza, y nos agarramos unos a otros, en medio de grandes olas de humo. Se ve, en medio de estridentes roturas y de ciclones de tierra pulverizada, hacia el fondo donde nos precipitamos confusamente, abrirse cráteres, aquí y allá, al lado unos de otros, unos dentro de otros. Después ya no se sabe donde caen las descargas. Las ráfagas se desencadenan tan monstruosamente resonantes, que se siente uno aniquilado por el ruido de esos chaparrones de truenos, de esas grandes estrellas de explosivos que se forman en el aire. Se ven, se sienten pasar al lado de las cabezas cascos con su chirrido de hierro al ro-

jo metido en el agua. De pronto, dejo caer mi fusil, de tal modo el vapor de una explosión me ha quemado las manos. Lo recojo vacilando, y vuelvo a correr con la cabeza baja, en la tempestad de luminarias leonadas, en la lluvia aplastante de las lavas, asaltado por chorros de polvo y de sudor. Las estridencias de los estallidos que pasan hacen daño al oido, hieren en la nuca, atraviesan las sienes, y no se puede retener un grito. Se revuelve el estómago, por el olor azufrado. Los soplos de muerte nos empujan, nos levantan, nos llevan. Saltamos; no sabemos adónde vamos. Los ojos se cierran, ciegan, lloran. Ante nosotros, la vista se ve obstruida por una avalancha fulgurante, que lo ocupa todo.

Es la barrera del tiro de contención. Es preciso pasar por este torbellino de llamas y de esas horribles nubes verticales. Pasamos. Hemos pasado, al azar; he visto, aquí y allá, varias formas vacilar, levantarse, caer, iluminadas, por un brusco reflejo de más allá. He entrevisto caras extrañas que daban gritos, y a las que se veía sin oírlas en el caos del estrépido. Un brasero, con inmensas y furiosas masas rojas y negras, caía alrededor de mí, cavando la tierra, escamoteándola de mis pies, echándome de lado como un juguete. Recuerdo haber pasado por encima de un cadáver que se quemaba, negro, con una capa de sangre roja que le cubría, y recuerdo también que los faldones del capote que estaba junto a mí, se habían quemado y dejaban un rastro de humo. A nuestra derecha, todo a lo largo del ramal 97, atraía la mirada y la cautivaba una fila de iluminaciones horribles, apretadas unas contra otras como hombres.

—¡Adelante!

Ahora casi corremos. Se ven algunos que caen de pronto, con la cara hacia adelante, otros que se desploman humildemente, como si se sentaran en el suelo. Se hacen bruscos rodeos para evitar los muertos estirados, rígidos o crispados, o bien cepos más peligrosos, los heridos que se debaten y que aprisionan.

¡El ramal internacional!!

El fondo de la quebrada está cruzado. La otra vertiente se alza. La escalamos en fila india, por una escalera improvisada en la tierra.

—¡Atención!

Oímos el tactac de la ametralladora. Es un momento angustioso, más grave aún que aquel en que atravesamos el temblor de tierra incendiada del tiro de contención. Esta voz, bien conocida, nos habla clara y terriblemente en el espacio. Pero no nos detenemos.

—¡Adelante! ¡Adelante!

Una nube de balas zumba en torno mío, multiplicando las paradas súbitas, las caídas despaciosas, despechadas, gesticulantes, las caídas en bloque a pleno peso del fardo del cuerpo, los gritos, las exclamaciones sordas, rabiosas, desesperadas, o bien los alientos terribles u opacos, en los que la vida entera se exhala de una vez. Y los que no hemos sido alcanzados miramos ade-

lante, marchamos, corremos, entre los juegos de la muerte, que hiere el azar de todo nuestra carne.

Las alambradas. Hay una zona intacta, La contorneamos. Ha sido desventrada en un largo pasaje profundo: es un colosal embudo, formado por embudos superpuestos, una fantástica boca de volcán, cavada por el cañón.

Después de este feliz encuentro, la escuadra llega a la trinchera.

Una salva terrible nos estalla en pleno rostro, a boca de jarro, lanzando ante nosotros una súbita rampa de llamas, todo a lo largo del borde de tierra. Después de un instante de aturdimiento, nos sacudimos y reímos a carcajadas, diabólicamente: la descarga ha pasado demasiado alta. Y en seguida, con exclamaciones y rugidos de liberación, nos escurrimos, rodamos, caemos vivos en el vientre de la trinchera.

***

Una humareda incomprensible nos sumerge. En el abismo extraño, no veo al pronto sino uniformes azules. Vamos en un sentido, después en otro, empujándonos unos a otros, gruñendo, buscando. Con las manos embarazadas con el cuchillo, las granadas y el fusil, no sabemos, al pronto, qué hacer.

—¡Están en los abrigos, esos cabrones! —vociferan.

Sordas detonaciones conmueven el suelo: las escenas ocurren bajo tierra, en los abrigos. De pronto nos vemos separados por masas tan espesas de humo, que pone una máscara que no deja ver. Nos debatimos como unos náufragos a través de esa atmósfera tenebrosa y acre, en un jirón de noche. Se tropieza contra arrecifes de seres caídos, apelotonados, que sangran y gritan en el fondo. Se ven apenas las paredes rectas y hechas con sacos de tierra de tela blanca, que está rota por todas partes, como si fuera papel. Por momentos, la pesada onda tenaz se balancea y se aligera, y se ve removerse la muchedumbre asaltante. Arrancado al polvoriento cuadro, una silueta de cuerpo a cuerpo se dibuja sobre el talud, en una bruma, y se borra, se hunde. Oigo algunos débiles «!kamerad!», que emanan de una banda de cabezas pálidas y de vestiduras grises, acumuladas en un rincón que un desgarrón intensifica. Bajo la nube de tinta, el ciclón de hombres afluye, sube en el mismo sentido hacia la derecha, con resacas y torbellinos, a lo largo de la sombría calzada destruída.

***

Y de pronto se comprende que todo ha terminado. Se ve, se oye; se comprende que nuestra ola, que ha rodado hasta aquí a través de las cortinas de fuego, no ha encontrado una ola igual, y que se han replegado ante nuestra avalancha. La batalla humana se ha fundido ante nosotros. La débil retaguardia de defensores se ha dispersado por los agujeros donde se la va aprehendiendo, o matando, como a ratas. No hay resistencia: vacío, gran vacío. Avanzamos amontonados, como una fila terrible de espectadores.

CONTRASTE

Un proyector detiene en este momento sobre nosotros su gran brazo articulado y de hada que se pasea por el infinito, y descubrimos que la mezcolanza de postes desarraigados y hundidos y de crujías rotas está poblada de soldados muertos. Cerca de mí, una cabeza ha sido atada a un cuerpo arrodillado, con una vaga ligadura, y le pende sobre el dorso: sobre la mejilla, una placa negra, punteada de gotas cuajadas. Otro cuerpo rodea con sus brazos una estaca, y no está caído sino a medias. Otro, caído en círculo, desnudo por el obús, muestra su vientre y sus riñones pálidos. Otro, extendido al borde del montón, deja arrastrar su mano por el paso. En este lugar, en el que solo se pasa de noche—porque la trinchera, llena por el desprendimiento, es inaccesible por el día—, todo el mundo anda sobre esa mano. A la luz del proyector la he visto bien, esquelética, desgastada, como una vaga aleta atrofiada.

La lluvia cae con rabia. Su ruido de arroyo domina todo. Es una desolación horrorosa. Se la siente sobre la piel: nos desnuda. Se mete en el ramal descubierto, mientras que la noche y la tormenta mecen esta mezcla de muertos caídos y agarrados a este cuadrado de tierra, como sobre una red.

El viento hiela sobre nuestros rostros las lágrimas del sudor. Es casi media noche. Hace seis horas que marchamos sobre la pesadez creciente del barro.

Es la hora en que en los teatros de París, constelados de brillos y floridos de lámparas, llenos de fiebre lujosa, de temblores de toaletas, de calor de fiesta, una multitud perfumada, radiante, habla, ríe, sonríe, aplaude, se esparce, se siente dulcemente removida por las emociones ingeniosamente graduadas de la comedia, o se expansiona, satisfecha del esplendor y la riqueza de las apoteosis militares que llenan la escena del *music-hall*.

Uno de los soldados, como respondiendo a mi pensamiento ha exclamado con rabia:

—No hay una Francia sola. Hay dos. Aquí, el infierno del frente, donde hay demasiados desgraciados. La retaguardia, allá lejos, donde hay demasiados felices. Nosotros, los que sufrimos y lo damos todo. Ellos, los que se aprovechan, enriquecen, disfrutan, sonríen y triunfan.



 El símbolo de la victoria 

Para "Impulso"

En el cuartel general se celebra ruidosamente la terminación de la guerra.

¡Al fin concluyó aquel vivir de ratas acorraladas en las trincheras llenas de barro! No más espectáculos infernales de asaltos nocturnos bajo el relámpago de las granadas, entre gritos de rabia y ayes de dolor. Se acabó todo.

—¡Al fin!!—esclamaron los soldados como un suspiro de alivio.

En adelante ya no seria preciso agotar los nervios bajo la angustia interminable del continuo vigilar. Se podría respirar a gusto, descansar, desperezarse, hartarse de mirar el cielo azul o el campo desolado sin temor al fusil en acecho o a la bomba que hace volar impensadamente hecho pedazos.

Los soldados entonan canciones burlescas y obscenas al compás de una estrafalaria orquesta de botellas, cacerolas, armónicas y otros instrumentos improvisados. Se ríe, se salta, se baila y se bromea. Algunos cosen la ropa o se acicalan, otros escriben a sus parientes y amigos. Sonrientes los oficiales, estrechan la mano de sus soldados, felicitándose mutuamente en una gran fraternidad.

—Mañana nos vamos—dice el sargento Libio a su amigo Roque, el caporal, mientras arrolla su manta.

—¿Quien te lo dijo?

—Marcos, el furriel. Vino la orden esta mañana. Nos reclaman de la capital. Han preparado un recibimiento grandioso.

—Creo que lo merecemos ¿eh?

—Psh!... Cuestión de suerte. Otros hicieron tanto como nosotros y tendrán que estarse aquí para siempre.

Y señaló el suelo con ademán expresivo.

—Es verdad. ¡Pobres!—contestó el caporal, emocionado—¿Y quien queda de nuestra sección?

—El 15 de cazadores, el 71, dos compañías de ametralladoras, algunas baterias y el cuerpo de sanidad con los heridos...

—¿De modo que Luis?...

—Se queda en el hospital. Los llevarán después, cuando pase la expectativa. Es poco agradable la presencia de los heridos para gentes que están de fiesta.

—Podríamos ir a verlo y a despedirnos de él.

—Bien pensado ¿Tienes ya listo el equipo?

—Si.

—Bueno: Entonces... ¡En marcha!

—Y los dos camaradas se perdieron charlando entre una fila de casas en ruínas.

Roque y Libio tuvieron que recorrer de un extremo a otro el parque del viejo castillo convertido en hospital, para encontrar a Luis que, solitario y huraño, se había escondido entre los árboles, tratando de ocultar a los demás el espectáculo de su desgracia.

Al verlo, sus amigos, no pudieron contener un gesto de horror. Era la primera vez que lo veían sin vendajes.

Hacía seis meses, Luis fué herido por una granada que le arrancó la pierna derecha y le transformó el rostro en una máscara espantosa. La nariz, destrozada. era un muñón informe con dos agujeros repugnantes, y varios grandes costu-

rones le hacían plegar la boca en una mueca trágica y grotesca.

Cuando Luis vió a sus dos compañeros, intentó una sonrisa que hizo aún más horrible su expresión. Y, comprendiendo el efecto que producía, dijo con amargura y desesperación:

—Ya lo veis. No soy más un hombre, sinó un monstruo.

¡Valíera más que me hubiera quedado allá abajo!

Y señaló la línea lejana de las trincheras.

Roque y Libio trataron de consolarlo. Todo fué inútil. Luis caía a cada rato en profundas abstracciones. Atento siempre a una idea interior, se comprendía bien que ni les escuchaba siquiera.

Por fin brotó a flor de labio aquel pensamiento oculto y dijo bruscamente:

—No sé como hacer para enterar a mi mujer y a mi padre de esta desgracia.

—¿No les escribiste?

—Sí. Pero no tuve ánimos para contárselo todo. Saben que fuí herido. Mas era tanto su anhelo de saberme bueno que les mentí. Creen que estoy bien. Y ahora... ¡Oh¡ ¡Tener que presentarme así!... ¡A Marta, a mi padre, a mi hijito, a los amigos! ¡Quisiera no tener que verlos nunca más! ¿Porque no me habrá hecho polvo aquella maldita granada? Al menos, así cuando me evocaran, recordarían mi figura de hombre...

Los dos amigos callaron. Hubo un penoso silencio.

—Mañana nos vamos—dijo al fin Libio—¿Quieres que te mande algo?

—No. Nada—repuso Luis y se interrumpió. Luego preguntó de pronto:—¿Van todas las fuerzas a la ciudad?

—Casi todas—contestó Roque—Quieren celebrar con un gran desfile la victoria.

—¡La victoria!—dijo Luis con sordo acento—¡Como me gustaría ir con vosotros! ¡Al frente de todos!

—¿Al frente?—exclamó Libio extrañado por la entonación singular que dió Luis a sus últimas palabras.

—¡Al frente, sí, al frente! Para mostrarme al pueblo en toda mi horrorosa fealdad. Para que todos sepan lo que es la guerra, La guerra que unos cuantos canallas o locos organizaron y que todos, por cobardía, no supimos evitar. Quisiera ir, sí, para hacer enmudecer de asco a los idiotas que irán a aclamaros y poderles decir: «Aplaudid, aplaudid, imbéciles. Yo soy la Victoria. Miradme bien: El símbolo de nuestra Victoria!»

Se volvió a hacer el silencio. Más hosco, más sombrío aún que antes. Los dos amigos habían comprendido la inutilidad de sus consuelos y se despidieron de Luis, dejándolo a solas con su tremenda desolación.

Luego, cabizbajos, emprendieron el regreso al campamento, tristes y malhumorados.

Y, cuando escucharon otra vez el jolgorio de sus camaradas que antes les pareció tan agradable y natural, tuvieron la sensación de hallarse asistiendo a una farsa odiosa y repugnante.

R. Z.

LOS AMOS

¿Por qué afiláis el cuchillo que ha de atravesaros? ¿Por qué fabricáis la pólvora que os ha de matar?

—

A vosotros que holgáis, la riqueza y la felicidad; la miseria y el dolor ¡ay! á mí que trabajo,—dijo cantando el obrero.

—

Un capitalista, un sacerdote y un general llegaron a un campo.

Labrábanlo hombres y bestias a un tiempo.

Unos trabajadores guiaban allá el arado, otros cortaban aquí las mies ya formada; otros aventaban la paja, y otros cargaban el trigo en acémilas. Sudaban todos, ennegrecidos por el sol, rendidos por la fatiga.

—¡Que trigo más hermoso!—dijo el sacerdote tomando en la mano un puñado.—¿Para quien será este trigo? ¿Para quien el blanco pan que se hará con su harina?

—¡Ay! Para vosotros,—dijo cantando el obrero.

* * *

El sacerdote, el capitalista y el general siguieron su camino. Cerca de la ciudad vieron a unos trabajadores que entraban en una bodega, Los siguieron. En el lagar pisaban la uva hombres medio desnudos que bailaban sobre los racimos como diablos mal humorados. Sus gotas de sudor se mezclaban con el rico zumo de la vid. Estaban flacos y tristes, pero bailaban.

—¿Para quién será,—volvió a preguntar el sacerdote,—el delicioso licor que extraen esos desdichados?

—¡Ay! Para vosotros,—dijo cantando el obrero.

* * *

El sacerdote, el capitalista y el general llegaron a las puertas de la ciudad. Cerca de ellos se levantaba un gran edificio. Entraron en él. Era una gran fábrica en que se hacía de todo. Desde las cinco de la mañana hasta las ocho de la noche trabajaban en ella por un escaso jornal miles de obreros de ambos sexos.

Era ya por la tarde y estaban cansados; pero seguían unos tejiendo riquísimas telas, otros puliendo finisimo oro, otros sacando en sus cañas el cristal de los hornos, otros labrando piedra, otros haciendo encajes... Se fabricaba allí de todo lo que el gusto y el lujo puedan apetecer.

—¿Para quien serán,—exclamó el capitalista,—tantas riquezas?

—¡Ay! Para vosotros,—dijo cantando el obrero.

* * *

El sacerdote, el capitalista y el general siguieron su camino; pero todavía antes de entrar en la ciudad hicieron otra parada.

Entraron en una hermosa fábrica de armas.

Los jornaleros trabajaban y trabajaban. Unos recogían en palas el bronce fundido que forma los cañones; otros pulían las hojas brillantes de las espadas; otros afilaban las puntas de las bayonetas; otros mezclaban los ingredientes con que se hace la irritada pólvora.

—Hermosas bayonetas,—dijo el general cogiendo una;—magnífica pólvora,—agregó tomando un puñado—.—¿A quién atravesarán primero esas bayonetas el corazón o le hará esa pólvora pedazos?

—¡Ay! A mi,—dijo cantando el obrero.

Francisco Pi y Arsuaga

LA GUERRA

Para "IMPULSO"

Cuando pensamos en este monstruo asolador de campiñas, que tala los bosques y derrumba pilares milenarios de cultura levantados a costa de tantos sacrificios, no podemos menos de sentirnos sobrecogidos de espanto ante el menosprecio de la sangre y el atavismo del individuo, pese a la educación recibida en las aulas y bebida en las fuentes mismas de la Naturaleza.

Lucha la fiera en la libre manifestación de su egoismo por el predominio brutal. Acude a su fuerza, ensaya sus instintos para campar a su albedrio sobre las especies inferiores, a la manera que emplean algunos hombres tan malvados como exentos de escrúpulos. Diríase, al ver la indiferencia con que se les permite actuar, que fueran los verdaderos conductores de hordas colocadas por la mano de un aciago destino en el corazón del Africa.

Pero así como no hay mejor remedio que un fuerte punch en pleno solar o un puntapié en el tobillo para hacernos despertar del marasmo con que asistimos impasibles a los juegos atléticos que parecen absorber toda la mentalidad de las juventudes, así necesitamos, de vez en cuando, de cuadros horripilantes como los desarrollados en la hecatombe que comenzó hace catorce años, para reaccionar en cierta medida contra el azote de la pólvora y los gases deletereos.

Aún están frescos en nuestra memoria los cuadros macabros que presentaban subiendo a los hornos crematorios los muertos desnudos en lingadas. Aún nos parece asistir al derrumbe de las nobles ideologías que tantos años pugnaron contra el enemigo común: y que al embanderarse por nacionalidades dieron al traste con el internacionalismo social democrático creado con tanto esfuerzo y abnegación.

Bárbaro y pícaro se nos presenta el hombre en su deseo de dominio, e irracional la masa que les responde y secunda en sus abyectos propósitos! ¿Que se ha hecho tanto predicamento, que se hicieron las doctrinas de amor y paz que vinieron sucediéndose desde Cristo hasta nuestros días a través de hombres dotados de una supersensibilidad de humanismo? ¡Nada! Todo se ha evaporado al primer soplo del huracán, al primer grito de la Patria que lanzó el audaz en medio del silencio y de la incertidumbre! Políticos sin conciencia, han llevado a mutilarse diez millones de hombres a los campos de batalla. Se destruyeron regiones riquísimas y pobladas y se asumieron en la miseria y en el exódo a centenares de miles de familias. ¡Luto sombrío de flamantes esposas! Orfandad doliente de niños lanzados al arroyo por el bárbaro crímen de un deseo de supremacia y de desordenados apetitos ¡Algunos recibieron ya su pago: otros lo recibirán a su debido tiempo.

Poco importa que se empeñen en justificarse desde las posiciones en que aún logran mantenerse. La verdad es luz, y la luz ya se sabe que penetra hasta las pupilas mas miopes. ¿Tardará? Nada es permanente en la vida; y máxime si esta permanencia obstaculiza el grado de perfección a que intuitivamente aspira la humanidad.

D. G. F.

Punta Alta, Agosto de 1928

Experiencia de la Guerra Mundial

(1914 - 1918)

Para IMPULSO

Los textos y las publicaciones reaccionarios, generalmente, al hablar de las luchas entre los pueblos, enaltecen, como algo digno de respeto, como algo noble, purísimo, sagrado, la palabra... ¡guerra! Tejen así alrededor de este vocablo una aureola luminosa, que la hacen aparecer hermosa, brillante. Tratan de confundir su sentido y ocultar el hecho de la guerra en sí. Si hablan de la guerra lo hacen en frases altisonantes y campanudas; describen "las marchas triunfales de los ejércitos, la perfecta formación militar, las banderas guerreras flameando agitadas por el viento, los redobles marciales de los tambores, los vibrantes y animadores toques de los clarines", etc.

Dicen tanto, que cuando alguien habla de la guerra ya no nos imaginamos otra cosa que los flamantes uniformes y los laureles. Ese es el principio. De lo demás se encarga el estado.

Cuando somos pequeños y aún no sabemos razonar, nos enseñan que la bandera;... que nosotros;... que los otros;... y, en fin, nos inculcan una cantidad de odios, de ideas falsas, de ideas de superioridad, que después son de utilidad...para algunos. Luego nos muestran los armamentos: los cañones, acorazados, submarinos y nos predisponen, nos inclinan a la guerra. Finalmente nos dicen que los habitantes del país vecino a la derecha o a la izquierda son asesinos, cobardes, ladrones, inhumanos y crueles; y el día menos pensado nos mandan al matadero... Y nosotros vamos... ¡Sí! Vamos a defender a la patria que los salvajes enemigos amenazan, vamos a defender nuestra religión, vamos a salvar nuéstro territorio, a hacer triunfar nuestra civilización. ¡Tontos que somos! ¿Dónde está nuestra patria, nuestra religión, nuestro territorio, nuestra civilización?

Y sino, decidme, compañeros alemanes: ¿Cuando os mandaron a la guerra no os dijeron que érais una raza única, superior? ¿No os hicieron aparecer a todo francés, por el hecho de ser francés, como una víbora venenosa, como la personificación de la maldad y de la falsedad? ¿No os hablaron en nombre del cielo, del imperio y del kaiser?

Bien, y ¿a vosotros, compañeros franceses? ¿No os hablaron con lenguas dulces de lo que representa la latinidad, la Francia, el saber francés y la obra francesa? ¿No apelaron a vuestra "roja sangre de republicanos" para destruir "el monstruo horrible" del "Imperio Alemán", para exterminar a los bárbaros del norte, extirpe de cabezas cuadradas? ¡Viva la guerra, abajo los "boches"!

Igualmente os hablaron a vosotros, hermanos italianos, austriacos, ingleses y norteamericanos, y también a todos los otros pueblos que intervinieron en el crímen...

Sin embargo, no se trataba de salvar ninguna religión, no se trataba de salvar ninguna civilización. Eran millones, muchos millones, los que estaban en juego.

En la época anterior a la guerra luchaban Alemania e Inglaterra por la supremacia comercial del mundo entero. La industria y el comercio de estos dos países había progresado de una manera extraordinaria y sus productos se hacían una intensa competencia en todos los continen-

tes. el intercambio comercial de los dos imperios juntos llegaba a equivaler a 39 % del comercio mundial. Una idea del desarrollo que adquirieron el comercio inglés y alemán en el cuarto de siglo que precedió a la guerra, nos la da el hecho de que en este lapso el intercambio exterior alemán aumentó en 204 %; el inglés, en el mismo tiempo, en 100,7 %.

Inglaterra, que durante muchos años fué la dueña del mundo, iba a tener, si seguía creciendo así el comercio alemán, una seria rival.

La competencia fué tan grande y agríaronse tanto los ánimos que ambos paises comprendieron que uno de los dos estaba de más. El mundo era muy chico para ellos.

Esto, indudablemente, fué el factor principal. Además hubo ciertas cuestiones de límites y otros hechos secundarios, que los burgueses tratan de hacer aparecer como causas directas de la guerra europea de 1914-1918.

Los capitalistas no vacilaron en mandar a la guerra a casi todos los pueblos de Europa. Sobrevino el caos y olvidáronse religiones, culturas y civilización. En pleno siglo XX, nosotros, que sentimos repulsión por los asirios, aquel pueblo de la antigüedad que durante su vida guerrera cometió tantas atrocidades; nosotros, cristianos y cultos, debemos asistir a la violación, asesinato y matanza más grande que registra la historia.

Asistimos a la lucha de varias fieras hambrientas por una presa. Hubo grandes cañones, hubo bombas terríbles, traidoras minas bajo el agua, escondidos y terriblemente eficaces submarinos, poderosos acorazados, rápidos cruceros, aeroplanos y dirigibles, gases asfixiantes: en una palabra, todos los medios más refinados de matar y destruir que concibió cerebro humano alguno.

Terminó la guerra, pasearon orfandad, hambre, tuberculosis y muerte sus atributos por Europa y por el mundo; pasó la época horrible de la pos-guerra y ahora que podemos opinar sobre lo que fué y sobre lo que trajo, os pregunto:

¿No os habrían prometido que sería la última? Compañeros trabajadores: ¿No os prometieron considerables beneficios y mejoras?

Si... Pero ¿cumpliéronse esas promesas? Ni pensarlo.

Bien sabe el capitalismo que en la ignorancia del proletariado encuentra un fácil instrumento para sus planes de conquista y prepotencia. Acudió a nosotros, nos mandó a los campos de batalla, nos hizo asesinos, y. ya innecesaria nuestra cooperación, nos desprecia, nos aumenta las jornadas de trabajo, disminuye nuestros jornales y nos hace morir de hambre. Siempre ha procedido así. Pero debíamos haberlo previsto y en vez de atravesarnos, ciegos de cólera y de fanatismo, engañados y serviles, por las bayonetas homicidas, debíamos haber hecho la contra-guerra, la guerra por nuestra causa, por la libertad. Esta contra guerra se efectuó: pero, por desgracia, en pequeña escala. Dió resultados y la prueba está en el este de Europa.

Si todos hubiéramos seguido ese ejemplo hubiéramos escrito la más bella de las páginas de la historia, y no pesaría sobre nosotros, sobre nuestra generación, a través de los siglos y mientras exista la humanidad, esa terrible responsabilidad, ese baldón inmundo de la última guerra.

Allef Nimoder

Punta Alta, Agosto 1928

Mi pregunta

Si las madres inculcaran en el corazón de sus pequeños, la convicción de que los soldados son asesinos y la guerra un crimen: ¿hijos de quiénes iban a ser los guerreros?

Herminia C. Brumana.

Oración de la Guerra Bendecida

Un día, en las encrucijadas del universo, se amontonarán como sombras en la alta noche de un patio, patrullas de clamores.

El mundo, deslumbrado hasta la embriaguez, lanzará inagotables ediciones de miradas para saborear el espectáculo maravilloso y dinámico y aprenderá una canción nueva y fuerte como para consonar con las calles urentes de autobuses y las azoteas crizadas de antenas radiotelefónicas y ser muy de hoy y de mañana.

Y es que arrullará con su canto y asistirá con su entusiasmada inquietud, al prodigioso alumbramiento de la tierra, que habrá engendrado el último Mesías. un mesías de corazón áspero y dulce, de actitudes impetuosas y decisivas, de anhelos anchurosos e inquebrantables, y cuyo nombre será un ardiente y puro nombre de mujer: *Revolución*.

¡Revolución, única guerra bendecida, puño viril que enarbola a todos los horizontes, desafiando a todos los vientos sus rojos estandartes y empuja a los hombres, cálidos de sinceridad ferviente y esperanzada, a quemar en la hoguera de su fe las tinieblas del mundo!

Estruendo musical, el del desmoronamiento definitivo de una sociedad cruel y avejentada, para construir sobre sus escombros el enhiesto edificio, embanderado de lámparas de luz caudalosa e inextinguible, donde los diástoles y sístoles del corazón universal, acompasarán los pensamientos y las aspiraciones de la humanidad.

Cuando la noche haga girar su clave de luz para encender todos los focos de la Avenida del Cielo, las pobres mujeres del suburbio inexorable; las costureritas de ojos tristes y piernas heroicas; las ramerue-las, abatidas de consunción, a quienes hasta entonces impelía la voz implacable y fatal que persiguió al errante Ashaverius: "¡anda! ¡anda!; y las muchachas a quienes devoraba poco a poco, despiadadamente, el moderno Baal de la religión capitalista: la fábrica, la tienda o la oficina, ya no tendrán reparos en desgarrar su congoja, pues la Revolución habrá derrumbado todos los muros que empequeñecían su miraje, magnificando su ilusionada perspectiva y animándoles el llanto, un llanto intenso de alborozada felicidad, pues ya no habrá miradas aviesas de egoísmo ni gestos despectivos de incomprensión, sino un alma inmensa y sensible que recogerá y justificará todas las actitudes; y ellas, las pobres mujeres pobres, serán en la noche profunda y luminosa hermanas de las constelaciones imposibles, cordiales y generosas.

Los hombres, adiestrados en el dolor y en la fatiga, no necesitarán como hogaño recuperar su tranquilidad con los analgésicos del periodismo, porque tendrán obras portentosas donde emplear su inquietud y sus energías y escribirán en los pizarrones del tiempo la más estupenda de las epopeyas.

¡Revolución, única guerra bendecida!; cuando flamee con arrebatadora arrogancia tu amplia bandera roja, batida por todos los vientos, sobre el lomo de piedra de las montañas bravías, empurpurando el trémulo lecho de los mares, bajo los cielos claros o tenebrosos del mundo, yo, poeta, socialista, intelectual, hombre de manos blancas, reclamaré el más humilde pero arriesgado de los puestos en las filas del ejército proletario, y desechando estériles escrúpulos sentimentales, empuñaré enfervorizado el fusil homicida, para contribuir con el menguado aporte de mis fuerzas a derribar las últimas cabezas de la burguesía en sus últimos reductos.

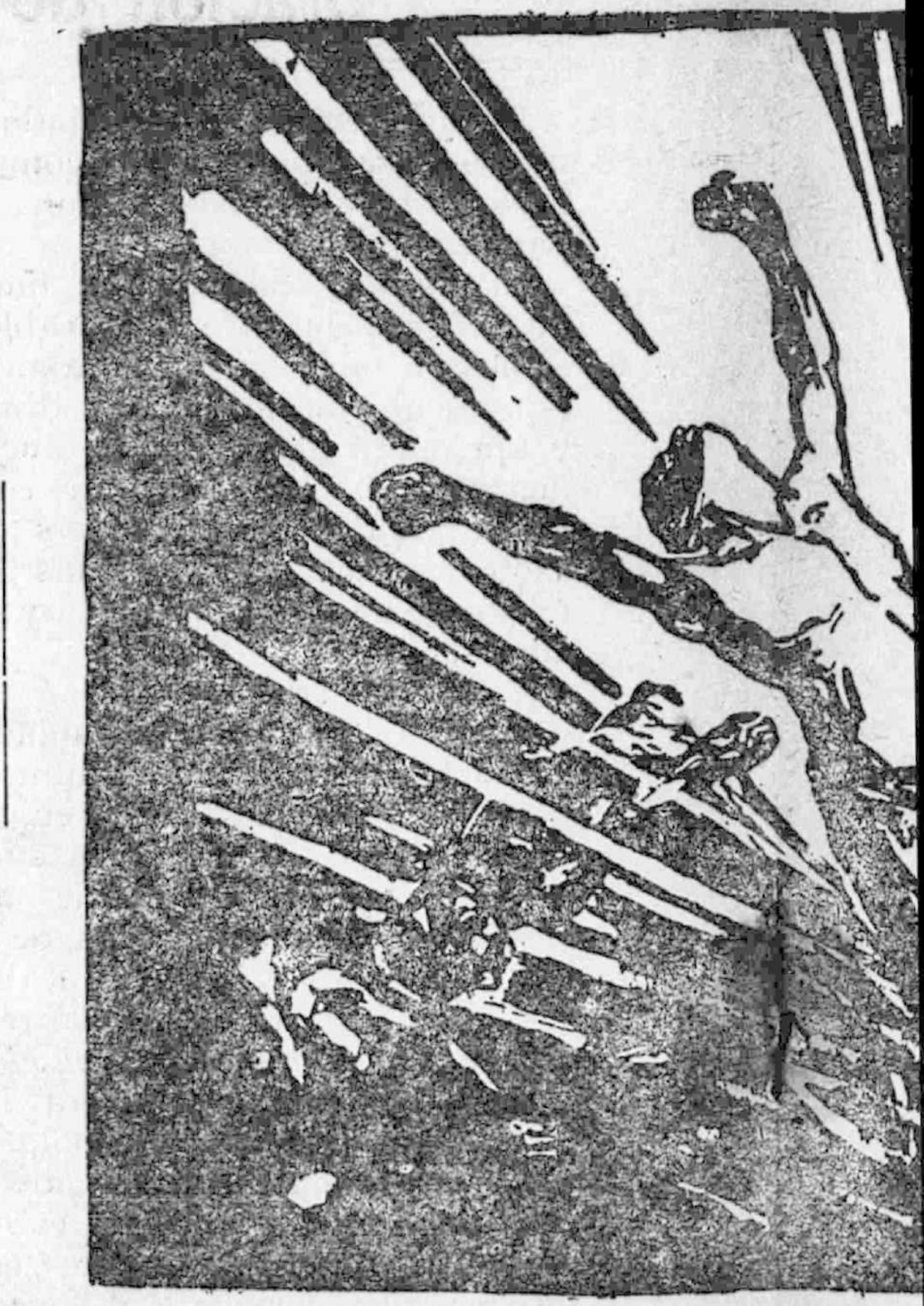
CÉSAR TIEMPO

Plan! Plan! Plan! Plan! Rataplán!
Pasan, pasan, como un rio, por millares
[y millones,
en hileras incontables, regimientos y
[escuadrones
de los hombres que se van
arrastrados
por la Guerra.
Pasan, pasan los soldados
Rataplán!
Las ciudades y villorrios, las llanuras
[y la sierra
sin los mozos más garridos, sin los màs
[fuertes varones
quedarán
Mas, los vítores y aplausos, las fanfarrias
[y los cantos,
el gemido de las novias y los llantos
de las madres y los viejos, fácilmente ahogarán
Plan! Plan! Plan! Plan! Rataplan!
Pasan los soldados.. Orgullosos los mandones
les contemplan, mientras ruedan
sórdamente por el piso los mortíferos cañones
Y sonrien los "tapados"
poderosos que se quedan,
viendo aquellos desdichados
que se van
embriagados
de aleluyas,
a luchar por unas tierras que jamás han
[sido suyas
y a morir por una gloria que jamás disfrutarán
Plan! Plan! Plàn! Plan! Rataplan!
Plan! Plan! Plan Plan! Rataplán!

——

Yà ha tres años que en los campos de batalla
siega y siega, noche y día, sin descanso
[la metralla
existencias promisoras, vidas càndidas y
[en flor
Ya ha tres años que no hay risas en las
[calles silenciosas;
ni parejas
amorosas
en los parques; ni canciones a la vera de
[las rejas
ni coloquios al amor de los dinteles;
ni dan rosas
los vergeles;
ni cosechas las campiñas, desoladas
por la ausencia del trabajo productor.
Solo hay sombras, muchas sombras enlutadas,
con las àlmas destrozadas,
bajo el peso inaguantable de la Angustia
[y el Dolor
Solo hay sombras... Viejos, niños y mujeres...
[Peregrinos
del Espanto, que se escapan a través de

LA VORA



[los caminos
¡sin saber siquiera adonde!
¡sin saber siquiera adonde!
perseguidos y aventados por el Hambre y
[el Terror!
Solo hay cruces, muchas cruces,
que iluminan los obuses
con siniestro resplandor!!
....

Las idilicas praderas
hoy son páramos sombríos
Estan llenas de cadáveres y sangre las riberas
de los ríos.
Y los hombres... no son hombres, sino
[hienas y chacales
que se acechan desde el aire, sobre el mar
[en el abismo,
para hundirse mutuamente con sadismo
bayonetas y puñales
entre medio de estampidos
infernales
y alaridos
de rencor! ....

las jau

Y,luch
compr

que, e

sus

VORAGINE

minos

e y
error!

iberas

acales

ismo,
ismo

....



Ya ha tres años que la Tierra
es el reino alucinante de la Guerra!
Y aún azuzan los Tiranos
¡Asesinos! ¡Inhumanos!
las jaurías de la Muerte, la Locura y el Horror!!

———

Mas, teñidas con la sangre que
[empapaba las fronteras
se volvieron todas rojas
todas rojas
todas rojas
las banderas
Y, luchando ferozmente en aquel vértigo maldito
comprendieron los soldados que era **¡¡Madre!!**
[siempre el grito
que, en cien lenguas, balbuceaban todos
[ellos al morir!
Y pensaron...
por primera vez pensaron:
—¿Porqué siendo tan iguales
sus ternuras
y amarguras
sus penurias, sus desgracias y sus males,
tal afan en destrozarse y combatir?
Y cesaron por encanto
las mortiferas jornadas
de la Muerte y del Espanto.
Y en el campo del horror y la matanza
se oyó un grito, luminoso de esperanza:
—Camaradas! Camaradas!
Ya no somos enemigos, sino hermanos
¡Basta ya de asesinar y destruir!
No más penas
ni cadenas
¡Mueran, mueran los tiranos
que nos mandan combatir!!
Y dejaron por millares las trincheras
y a su frente enarbolaron confundidas las
[banderas
que eran rojas,
todas rojas
todas ellas semejantes, como fueron las congojas
que se vieron obligados a sufrir!

....

Ahora apunten a otra parte los cañones
¡A los sitios, bien seguros, donde estaban
[los mandones!
Y con ellos—entre orgías y placeres—
los gusanos
de la Guerra: los hediondos mercaderes!
¡Asesinos
y Cochinos!
¡Todos juntos! ¡Mercachifles y tiranos!
¡Cómo escapan a travès de los caminos
a poner en salvaguardia sus pellejos!
¡Ah, cobardes!
¿Dónde estaban
los alardes
que mostraban,
desde lejos,
Cuando—nunca satisfechos—ordenaban
avanzàr á todo trance o resistir?

———

Se ha extinguido ya el rumor de los
[tambores
y otra vez en las campiñas hay cosechas
y hay amores
en los parques, y hay endechas
a la vera de las rejas y dinteles
y dan flores
los vergeles
Mas los hombres, que producen y que
[sueñan, previsores
aún conservan las banderas
que empaparon con la sangre derramada
[en las trincheras,
como símbolo bendito de la Tierra sin
[fronteras
que atalaya el Porvenir!!

Ricardo Zabalza.

EL DEBER DE LOS JOVENES

No puede haber lazo de unión más fuerte entre los espíritus jóvenes de América que la aspiración de ahuyentar para siempre de nuestro lado el espectro de la guerra.

He aquí un destino continental característico que bastaría por sí solo para abrir en la historia del mundo una nueva era de la civilización: ser un continente refractario a la guerra entre naciones.

Poner a los países todos de América en condiciones de vivir en plena armonía, o al menos de no arrojarse a dirimir con las armas posibles litigios, debe ser preocupación de la juventud especialmente, hasta por el orgullo histórico de consagrarse como generación cuyo paso por la vida marca huellas radiosas y rumbos salvadores. Las generaciones jóvenes de ahora están obligadas a abordar sin tardanza la obra de prepararlo todo para el reinado definitivo de la paz. En ellos vive intensa todavía la impresión de aquella monstruosa locura que durante cuatro años desató sobre el orbe civilizado un viento implacable de exterminio.

Los hombres de hoy recordamos aún los horrores de la hecatombe mundial porque los sentimos en carne viva. Los que ya son viejos poco pueden hacer: por serlo —ya que el empeño reclama energías frescas y vibrantes— y porqué, además, entre ellos abundan los que cegados por sus prejuicios no acertaron a sacar de la tremenda lección la verdadera enseñanza.

Me parece axiomático que los sucesos históricos sólo aleccionan realmente a las generaciones futuras. Los hombres que intervienen en ellos o ante los cuales se desarrollan, rara vez cambian de opinión a su influjo. Se apresuran a ver en ellos la confirmación de sus preconceptos o preocupaciones. Entienden que ellos vienen a reforzar su criterio, dándoles la razón. Así, ante la guerra mundial, los antiarmamentistas, decíamos: "He ahí a lo que conduce el armamentismo", mientras que los armamentistas por su parte, exclamaban: "He ahí la demostración de que no sería conveniente ni es posible desarmarse"...

Los jóvenes, los hombres que van entrando en posesión de una personalidad civil y política y vienen libres de las supervivencias mentales que ponen vendas en los ojos de tantos espíritus canosos, son los llamados a recoger la enseñanza del hecho, interpretando el sentido íntimo de su lección histórica.

Las nuevas generaciones tienen sobre sí la responsabilidad de pronunciarse y esforzarse para que los frutos de esa lección no se malogren. Mañana acaso sería tarde. Si ellos no se apresuran a cosechar esos frutos; si dejan pasar el tiempo sin imponer en la atmósfera espiritual de los pueblos la vibración poderosa de una sensibilidad y un pensamiento nutridos con la dura enseñanza que los alcanzó fecundándolos, se producirá el estancamiento y luego se iniciará el retroceso.

Las generaciones que vengan despues no conservarán tan vivo el recuerdo de la catástrofe. Empezarán a conocerla por algunos vagos relatos orales, y luego tan sólo por la lectura de narraciones que cada vez herirán menos su sensibilidad, hasta no rozarla siquiera. La sensación de los horrores de la guerra será cada día más contrarrestado por la exaltación de sentimientos nacionalistas, por emulaciones hostiles, por mil factores de belicosidad y discordia. La idea de una nueva confla-

gración, que hoy todavía nos aterra a todos, y es en todas las naciones tan impopular que hasta los gobiernos menos pacifistas se ven obligados a aparentar la intención de organizar el mantenimiento de la paz sobre bases de acuerdo, perderá, y en breve, gran parte de su eficacia intimadora y de su impopularidad. si no conseguimos prolongar en las generaciones la sensibilidad pacifista forjada bajo las enseñanzas palpables de la conflagración. Se habrá perdido para la causa de la pacificación del mundo el precioso concurso del sentimiento de aversión a la guerra provocado por la que recientemente padecimos. Para que no se pierda su concurso hay que apresurarse a trasfundir ese sentimiento, hecho ideología, en la mente colectiva de las generaciones.

Es, pues, necesario que los jóvenes de hoy levanten bien alto sobre su cabeza la antorcha de su convicción humanitaria. Y no la dejen sino en manos de otros nuevos jóvenes que la transmitan a su vez, rechazando las sombras de la reacción en acecho.

En el viejo mundo, tan convulsionado por el forcejeo de oscuras corrientes, de antagonismos ancestrales, de odios atávicos, de rivalidades étnicas, de competencias económicas, la tarea es difícil y de resultados muy lentos. Allí la guerra ha sembrado gérmenes de guerra, y el amor a la paz parece un árbol que no logra ahondar sus raíces en un suelo removido por su dinamita y la metralla. Pero en América, patria de aluvión, donde la leyenda bíblica de Babel ha de ractificarse con la comprensión mutua de todas las razas y el hablar armónico de todas las lenguas, el terreno está mejor preparado para el cultivo de la confraternidad internacional. Y la confraternidad internacional no es tan solo una frase. Ni debe ser tampoco simplemente una aspiración inconcreta. Es un criterio, una conducta y una orientación de gobierno. Se manifiesta, pues, en actos que la defienden y le son inherentes. Si esos actos faltan, si no se realizan, la confraternidad no existe o queda reducida a una declamación retórica. Conspiran contra ellas las maniobras de oligarquías rapaces y venales que hacen de cada problema entre dos naciones americanas, una especie de volcán artificial siempre pronto a echar humo y a producir detonaciones inquietantes en cuanto convenga a ciertos fines políticos, con riesgo de que un día tome fuego toda la pólvora y sobrevenga lo irreparable.

No menos conspiran los gobiernos que cultivan el recelo contra el vecino y se entregan al negocio criminal de las precauciones "defensivas". Frente a esos factores de discordia, la juventud digna de tal nombre ha de organizar la milicia de la confraternidad, proclamando que sólo una política que tienda al desarme puede considerarse de acuerdo con el destino histórico inmediato de las naciones americanas.

EMILIO FRUGONI

PATRIOTERISMO Y ARMAMENTISMO

Somos un pueblo de paz y trabajo. El pais va levantándose y poblándose y constituyendo una economía que lo saque de esa evolución retardada que nos transforma en mercado colonial, lugar de batalla de otras economías más avanzadas.

Paralelamente a nuestro desarrollo van creciendo los presupuestos de guerra, marina y aumentando la tara de parásitos inútiles de la vida social.

Nuestra historia es el mejor argumento contra el ejército profesional y contra la marina nacional. Las guerras defensivas y las luchas emancipadoras (de la antigua metrópoli) fueran hechas por voluntarios. por batallones improvisados de civiles, con un ideal y grande corazón. La armada antigua, tambien se formó con patachos comerciales, cuyo costo no ahogaba la economía popular como esos inútiles gigantes "dreanoughts" de paquetería y juguetería, que se pasean peligrosamente por mares y océanos, acrecentando la vanidad de los argentinos.

Si ayer nos defendimos con nada ¿Porque hoy, necesitamos miles de millones para defender nuestras costas, nuestras fronteras y nuestro suelo? ¿que pueblo nos anuncia el peligro? El peligro está en tener ejército y marina.

Está probado que no se puede ser nación guerrera sin ejército grande y marina numerosa.

Con ejércitos profesionales y demás, no habrá paz en América. La política de nuestro gobierno como la de otros paises de América es guerrera y conducirá tarde o temprano a la masacre.

El fin de la desgraciada conducta de la "paz armada" está visto y probado en la gran guerra de 1914-18 y en la no menos importante que se avecina. Sería tan absurdo creer que vamos andando hacia la paz, con 30.000 hombres y poderosas unidades navales, como creer que de perros pudieran nacer gallinas.

No creo que un ejército, una escuadra o una flotilla de aviadores puedan defender el territorio nacional. los habitantes, su independencia y "libertad".

Han cambiado los tiempos. Los invasores extranjeros ya no mandan ejércitos, (sistema muy antiguo) mandan dinero; millones de dollares trasponen la frontera y se apoderan de minas y tierras; compran y venden empleados nacionales, provinciales diputados, senadores, ministros, altos funcionarios, cuerpos y conciencias.

Los profesionales del patrioterismo creen que con gritar, andar en paradas y desfiles, ya han llenado su misión. En realidad esas gentes, con los políticos, son los que están vendiendo al pais a los verdaderos enemigos. Son los traidores.

Que se hubiera dicho hace ciento diez años, de quien dejara entrar a los batallones españoles, diera hacienda, facilitara datos e indicara caminos? Se le habría llamado traidor!!

Por mucho menos de lo que actualmente hacen los políticos argentinos (entre los cuales hay 11 diputados y 2 senadores nacionales) fueran fusilados en Cabeza del Tigre quienes con las iniciales de sus nombres formaban la palabra "*Clamor*".

No indica que tenia razón Fray Mocho al hablar de "*Patriotismo y caldo gordo*" y como militarismo, armamentismo y guerrerismo son un negocio muy bueno y lucrativo, para las mismas minorias parásitas y depradadoras que viven del trabajo ajeno. Es imposible separar patrioterismo de militarismo y este de comercialismo.

La llegada del imperialismo norteamericano con una voracidad jamás vista viene a afirmar tal tesis. "Nuestro señor" el oro americano, puede en esta parte de América y cuando se le de la gana, desencadenar una guerra en la cual entren: Argentina, Brasil, Paraguay, Chile, Uruguay, Bolivia y Perú.

Sería estupendo. a no ser trágico y doloroso, que ejércitos y marinas de esos pueblos, entraran en una guerra dirigida y al servicio de los banqueros de Wall Street, situados detrás del telón del "*Honor Nacional*". A ello contribuyen inconscientemente, militaristas, filomilitaristas, armamentistas y esos patrioteros que todavía andan sueltos, escapados de algún museo arqueológico.

Juan Lazarte

La guerra es un asesinato legalizado

PARA "IMPULSO"

Se comprende y se justifica que en las primeras edades de la humanidad, el estado de guerra fuera permanente entre las distintas tribus que poblaban la tierra. Era la época de los tiempos heróicos, era una necesidad de la lucha por la vida y no quedaba otro dilema que vencer o morir.

También se comprende que en aquellas luchas de tribu a tribu tomaran parte todos los miembros que la componían, pues en caso de triunfo, los despojos que obtenían eran comunidad de la tribu, así como en el caso de derrota ésta alcanzaba a todos por igual.

En aquellos tiempos no había jerarquías, tampoco había ricos y pobres y los triunfos y las derrotas eran compartidas por todos los componentes en el mismo grado.

Comprendemos todo esto porque era lo lógico de acuerdo a la convivencia social de aquella época, como se comprende que más tarde, cuando cambió la estructura social, hubiera mercenarios a sueldo que lucharan en pro de quien lo pagaba. Si había desaparecido la comunidad de intereses, era justo, que los que guerreaban por conquistar o defender intereses propios, pagaran a los que nada tenían que ganar en la lucha, pero que, faltos de todo escrúpulo, ponían su espada y su vida al servicio de quien mejor las pagaba.

Pero lo que no podemos comprender es como en pleno siglo XX, cuando las industrias y la producción han alcanzado el desarrollo suficiente para asegurar a todos el abastecimiento necesario para vivir, cuando nos preciamos de haber alcanzado un alto grado de civilización, pueda subsistir aún este resabio de barbarie que es la guerra. Y menos podemos comprender como la inmensa mayoría de los productores y clase media, que nada tiene que ganar, no se opone con todas sus energías a la realización de este crímen de lesa humanidad.

Las guerras modernas son producto del egoismo y la ambición de las clases adineradas. Cuando no las promueve el afán de apropiarse por la fuerza de la riqueza natural del suelo, como lo estamos viendo en la lucha por la posesión de los yacimientos petrolíferos, es la conquista de los mercados. En uno u otro caso son los intereses de las clases pudientes lo que mueve a los gobiernos a llevar a los pueblos a la destrucción y la matanza.

Y son los hombres de sentimientos superiores; son los obreros y toda la clase media que nada tienen que ganar; son las madres, esposas e hijos que no quieren ver aniqui-

lados a los seres queridos los que deben oponerse con todas sus energías a ese azote que destruye, viola y asesina, que es la guerra.

Las guerras modernas, con todas las armas de destrucción que se han acumulado, son un crimen tan horrendo, que nadie quiere aparecer como causante de haberlas promovido. Aún está por saberse quien fué el culpable de la gran hecatombe que ensangrentó a Europa y que llevó a la ruina sus industrias, su comercio y su juventud. Pero no creais que estos horrores sean lo suficiente para impedir nuevas guerras. El egoismo de las clases pudientes y adineradas, que se creen superiores, ahoga todo escrúpulo. Ya vemos lo que pasa en Nicaragua.

Sabemos que el capitalismo imperialista tiene como único fin la conquista y el sometimiento de los pueblos que considera más débiles. Pero jamás manifestará sus propósitos. Primero invertirá sus capitales en los territorios que desea conquistar, y más tarde, pretextando la defensa de esos capitales, llevará los pueblos a la guerra.

Nuestro deber es inculcar en las masas populares el odio a la guerra. Toda guerra de conquista es un crimen de lesa humanidad. Solo hay una guerra santa: la que se libra en defensa de la libertad.

Higinio Gallego

Punta Alta, Agosto 1928

Traidores a la Humanidad

——

El salvaje obra por instinto; el hombre civilizado piensa antes de obrar. Y el hombre que obra como un salvaje despreciando la facultad de pensar o empleándola en beneficio de una actividad salvaje es el ser más abyecto que existe: porque traiciona a la civilización, haciéndola jugar una carta que repugna a todas sus conquistas.

El guerrero salvaje es una fuerza desatada de la naturaleza; pero el guerrero civilizado es una explosión de los más bajos instintos del hombre, aguzados por el cinismo depravado y por el conocimiento adquirido en la vida de las sociedades, a la que se asimila subrepticiamente con su bagaje nocivo de pasiones inconfesables.

Y en este último caso se hallan todos los militaristas, todos los partidarios de la paz armada y todos los traidores a la humanidad

J. Salas Subirat.

Elogio del Sargento Leguizamon

——

Feo como dos horas de imaginaria
en lo peor del invierno-de dos a cuatro—
salvaje como el tigre de su Corrientes,
rudo como ese potro que está amansando.

No sabe de familia, pues no la tiene,
y como —¡diga el Diablo si será humano!—
nada comprende el pobre de humanidades
sólo es docto en puteadas y latigazos.

Nació perro y de perro vivirà siempre,
siempre humillado pero siempre
[humillando.
Es estropajo suyo la pobre tropa
y él, de los oficiales es estropajo.

Crinudo como el pampa de nuestras
[pampas,
amargo, más amargo que el mate amargo;
entre los matorrales de su Corrientes
debió ser como el hongo, que nace guacho.

Aristóbulo Echegaray

Sin piedad mandas tus hijos
A la guerra a que los maten...
¡Cómo se conoce, Patria,
Que no eres tú quien los pare!

Vicente Medina.

Escenas de cuartel

La higiene ante todo

El capitán del regimiento, está educado con las más severas reglas de la moral patriótica y militarista. Severo y rígido por educación cuartelera agrava su mal el carácter soberbio y seco que nuestro capitán ostenta y ejercita como un mérito y virtud sobre los pobres servidores de la patria que caen bajo su mando.

Una tarde nuestro esforzado y heróico capitán (sin batallas) se paseaba por el patio del cuartel, soñando con las hazañas de Napoleón y San Martín, cuando tropieza con un montoncito de bosta fresca que empañó el lustre inmaculado de sus botas. El capitán, airado, mascullό unas maldiciones contra la raza caballar y la falta de higiene, poniendo a la vez sus ojos coléricos sobre un infeliz conscripto que, para su desgracia, pasaba por ahí en ese instante, y lo interpeló de esta suerte:

—¡Conscripto!

—Ordene mi capitán (El conscripto se cuadra militarmente y espera órdenes)

—¿Ve eso? ¿Sabe lo que es? (El capitán señala la bosta)

—Si mi Capitán, bosta de caballo.

—¡Muy bien, muy bien! Si fueran Vds tan rápidos en limpiar como en contestar, no serían tan chanchos y esto no sería un chiquero.

—El infeliz conscripto se atrevió a contestar—Mi capitán yo no tengo la culpa de que los caballos hagan eso...

—¡Cállese la boca, atorrante! La disciplina y la higiene están para ser buenos soldados.

—Si, mi Capitán—apenas musitó temblando el conscripto.

—¡Yo te voy a dar; si! Limpie eso enseguida....

—Voy mi Capitán. (El conscripto da media vuelta y va en busca de una pala y un tacho, mientras el Capitán, sigue su paseo detenido por tan bajo y material obstáculo. Al rato vuelve el conscripto pálido y tembloroso dice después de cuadrarse ante el capitán:)

—Mi Capitán, no puedo conseguir una pala. El sargento encargado de la cuadra está ausente y nadie puede sacar nada sin su permiso.

– Bueno, eso no importa, recoja eso con las manos. Que tanta delicadeza, pues. ¡La higiene ante todo!....

—¡Mi capitán!... (El conscripto iba a protestar por la ofensa inferida a su dignidad de hombre! pero el temor y la disciplina fueron más fuertes).

—¡Obedezca, pues!....(El conscripto recoge con las manos los escrementos animales).

PARA "IMPULSO"

Teniente cariñoso

Ocurre a veces como contraste y excepción, que frente a los brutos uniformados del cuartel, los militares de profesión, que han aniquilado todo sentimiento y respeto humano, existen seres de espíritu blando y mujeril, propensos a todas las aberraciones sexuales y morales. El cuartel asi como el convento y la cárcel es ambiente propicio para que florezcan tipos de los más variados en la escala de la degeneración humana. Uno de estos era el mal y voluptuoso en extremo que llevado por su sensibilidad enfermiza llegó

a ser una especie de bacante masculina uniformada....

El teniente de la compañía tenia fama de bondadoso y servicial y ningún conscripto que fuese con él complaciente tuvo jamás de que quejarse.... Los superiores lo distinguían con su amistad incondicional y afectuosa.

Cierta vez tocóle servicio en la compañía a un conscripto que, a más de ser hombre culto, poseía principios morales inquebrantables. El teniente lo supo distinguir por sus modales y pasó a ser ayudante suyo.

Un dia, después de muchas tentativas e insinuaciones infructuosas del teniente, el conscripto se reveló a pesar de la disciplina de cuartel que obliga siempre a obedecer ciegamente.... El pobre conscripto, después de su ruptura con su teniente que desesperaba por conquistarlo, pasaba la mayoría de sus días castigado en largos plantones. Cansado al fin, se atreve a llevar sus quejas al superior y se presenta ante el Mayor un día, después del permiso correspondiente.

—¿Que te pasa, ché?—le dice el cachaciento Mayor.—

—Mi Mayor, el teniente de la compañía me castiga a cada momento sin motivo y quería decirle lo que pasa.

—A mi no me vengas con cuentos.... Si el teniente te castiga tendrá sus motivos.

—Por dignidad y vergüenza no he dicho nada hasta ahora....

(El Mayor, tuvo el propósito de agravar el castigo del desgraciado conscripto capaz de invocar la dignidad y la vergüenza frente a la moral del cuartel; pero cambió de opinión enseguida y empleó otra táctica)—No te conviene ponerte así, por tan poca cosa.... Yo conozco al teniente y sé que no es malo. Hay que ser un poco vivo y saber cuando conviene ceder.

—Yo no puedo ceder ni acceder mi Mayor....

—Déjate de macanas y no seas zonzo. Vos sos como todos los demás solo que no querés acostumbrarte al cuartel. Yo voy a hablarle al teniente para que te trate bien, pero prometeme que serás discreto, que es lo que te conviene....

—(Después de pensar un momento) Tiene razón mi Mayor, soy un zonzo en el cuartel.

Arréglese como pueda....

En el cuartel, guarida del ejército, el puntal del régimen burgués, se enseña la moral del robo práctico, aunque luego el ejército esté destinado a defender la propiedad individual amasada a costa de muchos robos colectivos de trabajo...

Los ejércitos no asaltan tan a menudo ciudades ni saquean poblados: pero, para no perder la costumbre, en los cuarteles los conscriptos se roban entre sí, mientras sirven a la patria, siendo los perjudicados los más buenos y tontos...

De acuerdo a la moral del cuartel no debe asombrarnos la escena siguiente ocurrida en un distrito militar entre un Mayor y un modesto conscripto:

—Tome nota para una carta—di-

ce el Mayor—

—Enseguida mi Mayor—(El conscripto busca afanoso un lapiz en su pupitre y no lo encuentra).

—¿Que busca?

—No encuentro el lápiz que tenía hace un momento (Sigue buscando)

—Parece mentira. A Vd. le falta siempre algo. No hay que ser tan zonzo, amigo....

—(El conscripto, que sabe lo que quiere decir "no hay que ser zonzo" en el lenguaje cuartelero, no acierta a disculparse ni aclarar nada por no acusar sin pruebas) Hace un momento lo tenía...

—Bueno, otra vez que le falte algo lo pongo de plantón. En lo sucesivo arréglese como pueda, para que no le falten lápices... (El Mayor pasa a la sala contigua un instante, momento que aprovecha el conscripto para ponerse en el bolsillo dos lápices que hay sobre el escritorio del Mayor, quien vuelve poco después y se sienta en su escritorio y busca un lápiz)

—¿No había un lápiz aquí arriba?

—Yo no sé mi Mayor...

—(El Mayor lo mira un momento y después sonrie satisfecho poniéndose a escribir con lapicera una órden) Dígale al archivero que le entregue media docena de lápices...

—Muy bien mi Mayor— (Sale).

Antonio Marcellino

Bahía Blanca, Agosto de 1928.

DIA PATRIO

Bajo un cielo enturbiado de tormenta,
simétricos, erguidos y callados
desfilan los soldados de la Patria.

En vano las metálicas charangas
llenan el aire con marciales sones;
un barrunto de lluvia, enfria, mata
los cívicos delirios.
No hay canciones
en las hastiadas bocas ciudadanas.

Por las veredas
erra primíscua la cerril gèntualla.
Y en balcones sin flores, se arraciman
brunas y blondas testas de muchachas.

El vaho de los sexos pone lânguidos
brillos en las pupilas irisadas.

Un grito aislado y ronco cruza el àire
como el seco estallido de una tralla:
es una voz alcohólica que dice:
¡Viva la Patria!

Una grisea llovizna se diluye
sobre la soldadesca desairada.

PABLO SUERO

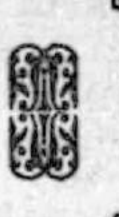
CONCEPTO

En un instante dije: la guerra es [necesaria
El poder de la espada yo misma [empuñaría.
Toda sed de venganza es innoble [y precaria,
pero sólo con sangre mi sangre lavaría.

Me exalté con el toque de los bravos [clarines.
Y como Juana de Arco me sentí poseída.
Del gesto en la utopía de una patria [que en crines
trompetas y tambores la saben resumida.
Mas vislumbré de pronto ciudades [arrasadas;
màdres que tambalean sus sombras [apretadas.
Hermana y novia pura que la congoja [asedia...
¡Sangre de nuestro espíritu, oh [pensamiento humano!
Arma de doble filo, tú empuñaras la mano.
En espadas más nobles que las de esta [tragedia:
La idea triunfadora de la bestia encelada.

RAQUEL ADLER.

SEMILLA



I

En la portada del Tiro Federal hay un cartelón que dice: *Aquí se aprende a servir a la Patria.* Debería decir: *Escuela de asesinos.*

II

El hombre que se ejercita en el tiro al blanco es de hecho un criminal refinado. Tarde o temprano revelará sus aptitudes.

III

Todos saben y ninguno parece comprender que un fusil no sirve para otra cosa que para matar.

IV

Tú, nunca te has atrevido a aplastar a una mosca: un día te ponen un fusil en la mano y matas sin mirar...

Cuando vuelvas a tu casa, asesino, ¿te atreverás a besar a tu mujer y a tus hijos y los mirarás cara a cara?

V

Y una razón práctica: el arma puede servir para algo más noble que para defender los intereses de la sociedad capitalista.

VI

Cuando no haya más remedio que empuñar un fusil, lo mejor será que lo volvamos contra quienes nos mandan.

VII

Nada hay tan terriblemente salvaje, dentro de esta pretendida civilización, como esos hombres que se entregan al estudio y aprendizajes guerreros.

VIII

El militar — salvaje profesional de las guerras — es indigno de vivir en la sociedad de los hombres.

IX

Cuando menos nombres de militares haya en la historia de un país, más dirá en favor de su cultura.

X

Hay comisiones de Damas de la Cruz Roja, de la Cruz Verde y de todas las cruces y de todos los corazones, empezando por el sagrado Corazón de Jesús; hay comisiones protectoras de árboles, de perros. de boy-scouts, de la ciudad, etc.; pero una comisión de *madres* contra el militarismo y contra la guerra es cosa que no se les ha ocurrido a las mujeres.

XI

Para demostrar que sigue amando a los niños, como Jesus, a la Iglesia no se le ha ocurrido otra cosa que vestirlos de boy scouts e instruirlos en las prácticas militares.

XII

Esos pobres chicos no son culpables. Siempre un tambor ha enardecido la imaginación de un niño. Pero, ¿y las madres de esos niños, son madres?

XIII

Madre: ¿pero es que tu hijo, el tuyo, entiendes, se ha de pudrir algún día en el barro y en la sangre y ha de sucumbir destrozado y no has de ser capaz de salir a la calle, como una leona, a defender la carne de tu carne?

XIV

Si para algo sirve mi palabra, yo digo que debemos prepararnos para resistir las guerras. Hay que hacer el vacío a la casta militar mil veces maldita; hasta extirparla. Y hay que sembrar la simiente de la rebeldía. Y el día que la guerra llegue va encontrar en nosotros un pueblo que — guerra por guerra — sabrá a donde dirigir las bocas de los fusiles.

LEONIDAS BARLETTA

 ENCUESTAS SOBRE LA GUERRA 

Escriben las compañeras

Cuestionario: **1ra. pregunta—¿Que opinión tiene Vd. sobre las guerras?**

2da. pregunta—¿Cuáles son, en juicio las causas que producen las guerras?

3ra. pregunta—¿Como podrían contribuir las mujeres a evitar el crímen de la guerra?

Contestaciones recibidas:

1°.—Que es el crímen más bárbaro que conoció la humanidad.

2°.—La envidia capitalista y el egoismo de los ricos.

3°.—Educando a nuestros hjos en contra de la guerra y en bien de la humanidad...

Concepción M. de Pérez

1°.—La guerra es criminal y miserable.

2°.—La ambición del capital y el exceso de población.

3°.—Limitando la procreación.

S. I. de Rivas

1°.—Que es la destrucción de la humanidad.

2°.—La avaricia y la envidia.

3°.—Formando federaciones culturales y gremiales para que por su intermedio se consiga la paz eterna.

Teresa Franco

1°— Que no sirven más que para traer al mundo la degeneración, la miseria y el odio y que son lo contrario de lo que recomiendan hipócritamente los católicos cuando dicen: "Amaos los unos a los otros".

2°.—Son el falso patriotismo de los gobiernos y la envidia de los capitalistas.

3°.—Emancipándonos todas las mujeres de los prejuicios que nos han inculcado principalmente las religiones y enseñando a nuestros hijos a amarse y respetarse mutuamente.

Esperanza Miquel.

1°.—A mi juicio, la guerra es un salvajismo que debiera desaparecer por la fuerza de la cultura.

2°.—Las guerras son originadas por la ambición, y la ambición es parte integrante del hombre. Aunque sea un pensamiento, quizá, demasiado pesimista, creo que, mientras haya hombres, habrá guerras.

3°.—Hoy, la mujer nada puede hacer para evitar el crimen de la guerra. Mañana, quizá, cuando su emancipación sea un hecho y su inteligencia más cultivada pueda con un poco de ayuda de ésta y mucho amor, evitar que los hombres destruyan sus vidas entre sí como fieras salvajes.

Maria Montes

1°.—Mi opinión es de que la guerra constituye el mayor crimen y salvajismo que hay en el mundo.

2°.—Las causas que producen las guerras ,son por intereses capitalista cuando no por intrigas de los gobiernos.

3°.—Para que no se repita la gran matanza humana no bastará la acción de los hombres partidarios de la paz. Se evitará únicamente, si la mujer de hoy abandona la indiferencia que ha demostrado tener frente a estos grandes problemas, uniéndose en una acción conjunta con el hombre. Como ser, la madre aconsejando a sus hijos que no deben empuñar las armas fraticidas, las hermanas a sus hermanos, las novias a sus novios, y diciéndoles que si la fuerza armada y bruta consiguiése obligarlos a empuñar las ar-

mas para sembrar la muerte y el dolor en el campo de batalla, el consejo de mujer universal debe de ser una solamente. Volver las armas contra el verdugo que los manda al matadero humano.

Blanca Lenzi

1°.—La guerra demuestra nuestro estado primitivo y salvaje, que nos revela nuestra inferioridad a la bestia... por el refinamiento y ciencia (en el arte de destruir y matar) que se emplea en las luchas.

2°—Las guerras son producidas por el ambiente capitalista, a consecuencia del capricho y ambiciones de los gobernantes.

3°.—Las mujeres contribuiríamos a evitar el crimen de la guerra de una manera eficaz: educando en nuestros hijos, el sentimiento de humanidad y fraternidad que debe existir entre nosotros, haciéndoles comprender que la guerra con sus nefastas consecuencias ha traído siempre, sobre la tierra los mayores perjuicios imaginables.

En todo momento que sea necesario lucharemos contra la guerra directamente; para defender asi a nuestros padres, hermanos y lo mas sagrado que hay para nosotros, a nuestros hijos... del horrendo crimen de la guerra.

Anita Cabrera

Opinan los Trabajadores

Por ella; hermanos...

Sentir la cobarde valentía de matar...miedo a la muerte...tener que sufrir inevitablemente las alternativas de asesinar....o ser asesinado. Cuantas veces en el fragor del combate, habrá tenido para vosotros un recuerdo,...cuantas veces esperando la muerte, vislumbramos su imagen, como astro luminoso que nos hace olvidar por un momento el miedo acerbo que nos acecha....

¡Todos tenemos madre! La recordamos siempre en los momentos más tristes y dificiles de nuestra existencia, su dolor nos acompaña hasta el fin de nuestros propios dolores;...entre el horror de las luchas; el explotar de las granadas; en lo más encarnizado de las masacres humanas ellas nos acompañan con su llanto resignado, en la tristeza desoladora de nuestros hogares.

Ellas sienten el verdadero sufrimiento....nosotros con nuestra pobre valentía de defensores de la Patria —renunciando a la fraternidad que invocábamos en tiempo de paz—nos emborrachamos de alcohol, sangre, dolor, llanto, miseria...destruimos nuestros propios hogares..,labores inmensas que costaron años de esclavitud y trabajo, a nuestros antepasados. ¿Todo esto porqué? Por una locura e insensatez que no nos deja comprender el horror de las guerras; ¿Todo esto para que?—preguntaría yo, hermanos.... Por la ambición y el provecho de unos pocos.

Por ella, por nuestra madre, hermanos...y por nosotros, debemos evitar las guerras fratricidas entre los pueblos.

El hombre primitivo era salvaje y peleador, pero, ya han pasado miles de años; estamos en el siglo XX. ¡Se ha progresado mucho! Sino demos un repaso a la pasada guerra europea, donde se vieron las grandes naves aéreas; destruyendo pueblos; el famoso cañon 42... los gases asfixiantes... las granadas de mano... los generales conquistando victorias... tendiendo millares de hombres... y la destrucción de otros tantos hogares...mientras, traidoramente, ellos vendían la nación.

¡A prepararse, hermanos! Esta, debe ser la cruzada de la paz y la fraternidad; olvidemos rencores pasados, rompamos fronteras, que se abracen todas las madres del mundo... Por ellas, por nuestras madres debemos hacerlo, hermanos...

Salvador Bonaccorso

Centro "Libertad". Punta Alta.

Hablan los niños

Las preguntas abajo transcriptas fueron hechas a niños de 4°, 5° y 6° grado, sin explicación previa y con amplia libertad de responder en cualquier sentido o de no responder.

1ra. pregunta —¿Te gustan las láminas que representan generales o batallas? ¿Porqué?

Excepto dos respuestas afirmativas y dos condicionales las demás fueron todas negativas. Veamos las razones de aquellas y de éstas:

—Sí, porque me recuerdan los hechos históricos que me dieron patria y libertad.

—Sí, porque llevan lindos uniformes y hacen marchas airosas, (se refiere a los generales).

—Me gustan las láminas siempre que sean libertadores del pais como Belgrano y San Martín ¡Batallas, no!

—Me gustan por lo bien pintadas, pero por lo que hacen no me gustan.

Estas otras son algunas razones de las negativas:

—No, porque las batallas son la ruina de una nación.

—No, por que las batallas y los generales no hacen ningún bien a la humanidad.

—No, porque representan crímenes de los hombres que se matan unos a otros.

—No, porque no reportan ningún beneficio y despiertan el sentimiento de la guerra.

—No, porque las batallas no sirven más que para destruir las naciones y los generales para asesinar a sus hermanos.

—No, porque simbolizan la destrucción y la barbarie.

—No, porque es un crimen sangriento el asesinarse unos con los otros, tal vez siendo parientes o her manos.

—No, por recordarme la terrible guerra europea donde quedaron tantos hogares sin padres.

Las niñas contestaron todas negativamente. Estas son algunas de sus respuestas:

—No, porque las batallas no traen más que sangre.

—No, porque allí, en nombre de la patria, matan a sus semejantes y destruyen pueblos.

—No, porque no desearía estar en ninguna batalla.

—No, porque las personas que van a la guerra tienen que matar o ser muertos y otros quedan inútiles para toda la vida.

Las opiniones sobre generales fueron estas:

—No me gustan, porque siendo hombres como los demás hay que rendirles honores según los galones que tienen.

—No me gustan, porque ganan sus honores en la guerra que no debería existir.

2da. pregunta: *(A los varones solamente)* **¿Si alguna vez, siendo mozo, te arrancaran de los brazos de tu madre para llevarte a la guerra ¿que harías?**

Las repuestas son múltiples. Estas evidencian sentimientos bondadosos y cristianos:

—Cumpliría con mi deber de soldado, pero con el corazón sangrando por tener que matar a mis semejantes.

—Iría acongojado, pues me parecería que iba con el objeto de asesinar a mis propios hermanos.

—Ir por obligación, pero antes de matar prefiero morir.

Esta otra es una contestación tolstoyana;

—Me negaría, y si por fuerza me obligasen, me negaría a tirar a mis semejantes, aunque me mataran.

Dos niños hacen distinción entre la agresión y la defensa.

—Iría a defender a mi pais, pero no a conquistar.

—Si me obligan, tengo que ir, pero yo mataría solo por defenderme.

Algunos preven la rebelión individual o colectiva:

—Me rebelaría para no matar a mis propios hermanos.

—Si nos sublevaramos todos no nos harían nada.

—Yo les diría a mis compañeros que no fuera ninguno a la guerra.

—No iría y procuraría que los demás hicieran lo mismo.

Dos niños contestan con este grito del corazón:

—¡No! jamás quisiera ir a la guerra, porque si llego a morir, se destruiría mi hogar y no podría dar de comer a mis padres cuando sean viejos.

—¿Dejar a mi pobre madre sola, llorando e ir a los campos para matarme con otros hombres? ¡No! Nunca! Desertaría.

Aunque con menos vehemencia, a varios otros se le ocurre la idea de la deserción.

3ra. pregunta—¿Que podrían hacer las personas mayores para que no hubiera más guerras?

Estos propician la educación:

—Enseñar a los niños el amor a la paz y el odio a la guerra.

—Instruirse, porque la guerra es cosa de ignorantes.

Dos niñas aconsejan la elevación moral de los individuos.

—Ser educados y no ser egoistas.

—Que las personas mayores no sean brutas e ignorantes y que todos sean buenos y no armen bochinches, Así se acabarán las guerras.

Varios recomiendan la unión y la propaganda para el desarme.

—Desarmarse y usar los barcos de guerra para el transporte.

—Podrian organizar comisiones para pedir el desarme.

—Pedir el desarme mundial a la Liga de las Naciones (!) y no ir a la guera.

—Hablar en las sociedades de los obreros para que no vayan a la guerra

—Formar comisiones y dar conferencias, diciendo que la guerra es un atraso y un crimen.

Estos proponen soluciones más concretas y revolucionarias.

—Boicotear a la nación guerrera.

—Cruzarse de brazos y no trabajar.

—Unirse todas las personas mayores y derrotar a los generales y al gobierno y acabar las guerras.

—Luchar con los que hacen guerra para que haya paz y armonía.

—Combatir al capital y tener amor al trabajo.

Dos niñas aconsejan:

—Podrían levantarse contra el estado en caso de guerra.

—Derribar al gobierno que declara la guerra a otras naciones.

4ta. pregunta—¿Cuales son a tu juicio, las mayores glorias de una nación?

Las niñas H. Rubio, D. Crucciani y H. Gonzálvez consideran como la mayor gloria de un pueblo el vivir en paz.

—No buscar discordias y tener al frente de ella hombres capaces. V. Pastor.

—Tener artistas, hombres de ciencia y dejar vivir en la más amplia libertad a todos sus habitantes. A. Gallego.

Los varones respondieron así:

—La paz, el bienestar y la libertad entre sus habitantes. F. Bonacorso.

—La paz y el progreso. A. Blasco.

—Ser inteligentes y amar el trabajo. B. Perez.

—Tener amistad unos con otros y vivir en buena armonía. J. Alvarez del Río.

—Que no haya un analfabeto, que el obrero no sea explotado y que el pueblo viva tranquilo. B. Garcia.

—Es estar todas las naciones unidas y cuando a alguna le pase una desgracia, ayudarla las demás. J. Merino.

—Tener hombres de talento y no guerreros. F. Cobos.

—La libertad. A. Ruescas.

—La paz y que haya trabajo. W. Wimer.

—El progreso de sus máquinas, industrias e inventos, tener hombres de ciencia y abundancia de trabajo. A. Musacchio.

—Teber grandes pensadores y los adelantos que sean beneficiosos a la humanidad. O. Gallego.

—La cultura, el trabajo y el adelanto. C. A. Trincado.

—Estar hermanados sin odios ni rencores. J. García.

—Que haya adelanto, que nadie sea malo y que las ciudades sean limpias y hermosas. P. Mosquera.

—Que no exploten a los pobres obreros los burgueses. S. Cano.

—Para mi sería gloriosa una nación el día que no hubiera más, un ciudadano que se muriera de hambre y de frío. G. Cornago.

—Un buen gobierno para el pueblo y su adelanto. A. Zapatel.

—Que no haya guerras. A Maresta y L. Demicheli.

—No tener la victoria por medio de la guerra, sino con el sudor de nuestra frente y que todas las naciones se reunan en una sola para luchar por la vida y la libertad. A. Lopez.

Hermosa repuesta la última en la que un niño de 5°. grado resume intuitivamente los más altos ideales de la humanidad.

—

Un pibe a quien podríamos llamar don Tranquilo redactó su cuestionario en este infantil y curioso estilo:

1ra. pregunta—No, porque me gusta la tranquilidad.

2da. pregunta—Defenderme, porque me gusta la tranquilidad.

3ra. pregunta—Tirar las armas, porque me gusta la tranquilidad.

4ta. pregunta—Estar tranquilos, porque me gusta la tranquilidad.

DE NUESTRO AMBIENTE

Cosas del Arsenal

—

Hay en la Base algunos ingenieros tan inservibles que no saben distinguir un clavo de un tornillo.

Sin embargo, esto no es un obstáculo para que cobren sueldazos formidables por... bailar, jugar al tennis, hacer con toda eficacia el amor a las mujeres de sus amigos o colegas.

Cuando estos señores "técnicos" en la milonga meten las cuatro patas en un trabajo, resulta —como las famosas calderas del Pueyrredón— una burrada; pero ellos se justifican siempre cargando el fardo de su incompetencia a los obreros.

Este cómodo sistema de cortar la soga por lo delgado ha hecho emigrar ya a varios trabajadores, día llegará en que hasta para hacer un bote habrá que recurrir a Norte América o a Europa.

Pero, en vez de los obreros que se vayan, se podría ubicar varios cientos de hijos de papá, disfrazados de ingenieros y entonces todos serán puro "técnicos", que es como decir: puro gandulos o puro camellos.

——

Sr. Juez de Paz!

—

Vds, los del juzgado, hicieron hace unos días una gran porquería! Han echado de su pieza a una pobre viuda con cuatro hijos pequeños, todos argentinos (Este último dato para los patriotas, por si les interesa).

Decimos, pues, que han hecho una gran porquería, pues no es de gentes con entrañas tirarle los cachivaches a una infeliz al medio del arroyo y dejarla allí con sus criaturas en pleno invierno.

Sabemos lo que Vd. nos va a decir. Esa mujer no pagaba el alqui-

ler. Pero ¿por culpa de unos cochinos pesos se debe cometer semejante inhumanidad? ¡No, caray! ¿Acaso sus amigotes de comité no tienen ya ni un centavo del dinero que usan para hacer jugar a la taba o emborrachar a la gente en tiempo de elecciones? Está bien que las mujeres y los chicos no votan: pero para algo tenemos el corazón. que diablos!

Nosotros, en su lugar, Sr. juez, cuando ese casero mal pagado vino a ampararse en el derecho de propiedad, que es el derecho de los ladrones, le hubiéramos dicho:

—Dele trabajo a esa mujer, si quiere cobrarse los pesos ¿No ve que en algún lado tiene que vivir la pobre?

Y, si el otro apelaba a la ley, leeríamos el código y, si daba la razón al casero, tiraríamos el libro al fondo de la letrina... por puerco.

Y ahí no más le daríamos con la puerta en las narices al demandante gritándole:

—¡Yo soy un hombre y no un verdugo! ¿Sabe? ¡Mándese a mudar, so roñoso!

Y, enseguida, sobre las paredes del juzgado, con bleque, y en letras muy gordas, escribiríamos esta renuncia: «Yo no quiero ser más juez. Antes que nada está la conciencia. Váyase todo al cara...cho»

Y a propósito de porquerías y de juzgados, aún nos queda algo que desembuchar.

Hay en esa oficina un par de chupatintas que encontraron el modo de embargar el jornal a los obreros, cosa que—de eso sí que estamos seguros—la ley no lo permite.

Sin embargo a un trabajador de los hornos le robaron 60 pesos por medio de esta sucia combinación:

Uno de los tinterillos del juzgado se presentó al patrón de ese obrero y le dijo;

—¿Trabaja aquí Fulano?

—Sí.

—¿Cuanto dinero tiene ganado?

—Unos sesenta pesos.

—Bueno, yo vengo a embargárselos, porque debe tanto, cuanto al almacenero Zutano. Firme aquí.

El patrón, ignorante, firmó y, temeroso de que se los hicieran pagar a él, descontó los sesenta pesos al peón para depositarlos en el juzgado.

El obrero se quedó sin sús haberes y cuando se fué a quejar al Departamento de Trabajo en B. Blanca le dijeron que se viniera a protestar...al juzgado!

¿Aves negras? ¿Leguleyos? ¡No! ¡Estafadores a comisión! ¡Cuenteros del tío!

Administrativas

Al editar este número el Centro Libertad realiza un verdadero esfuerzo, al que asociados y simpatizantes deben corresponder distribuyendo o vendiendo entre los conocidos algunos ejemplares que pueden adquirir en las casas Cavallaro, Lenzi, Bonacorso o Curto.

La finalidad de "IMPULSO" no es el lucro sino la propaganda; pero ésta, para ser eficaz, necesita del concurso de todos los amigos cuya consigna debe ser: Hacer que todas sus relaciones conozcan y lean nuestra revista.

Colaboraciones

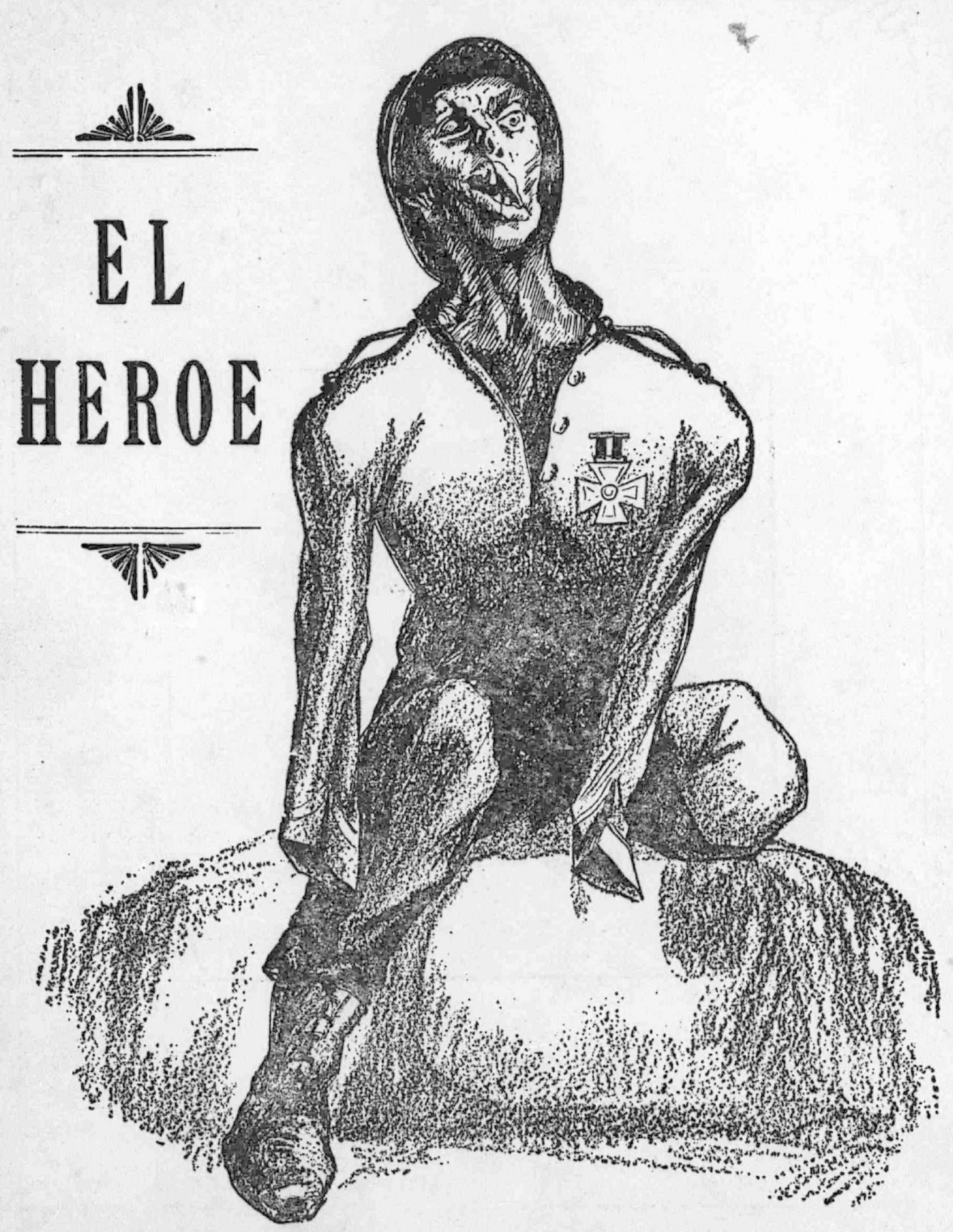
Por falta de espacio hemos debido suprimir la publicación de ocho interesantes respuestas de trabajadores una encuesta sobre la guerra. Aparecerá en el próximo número,

Además, dado el carácter especial de esta edición, dejamos de comentar varios sucesos de actualidad.

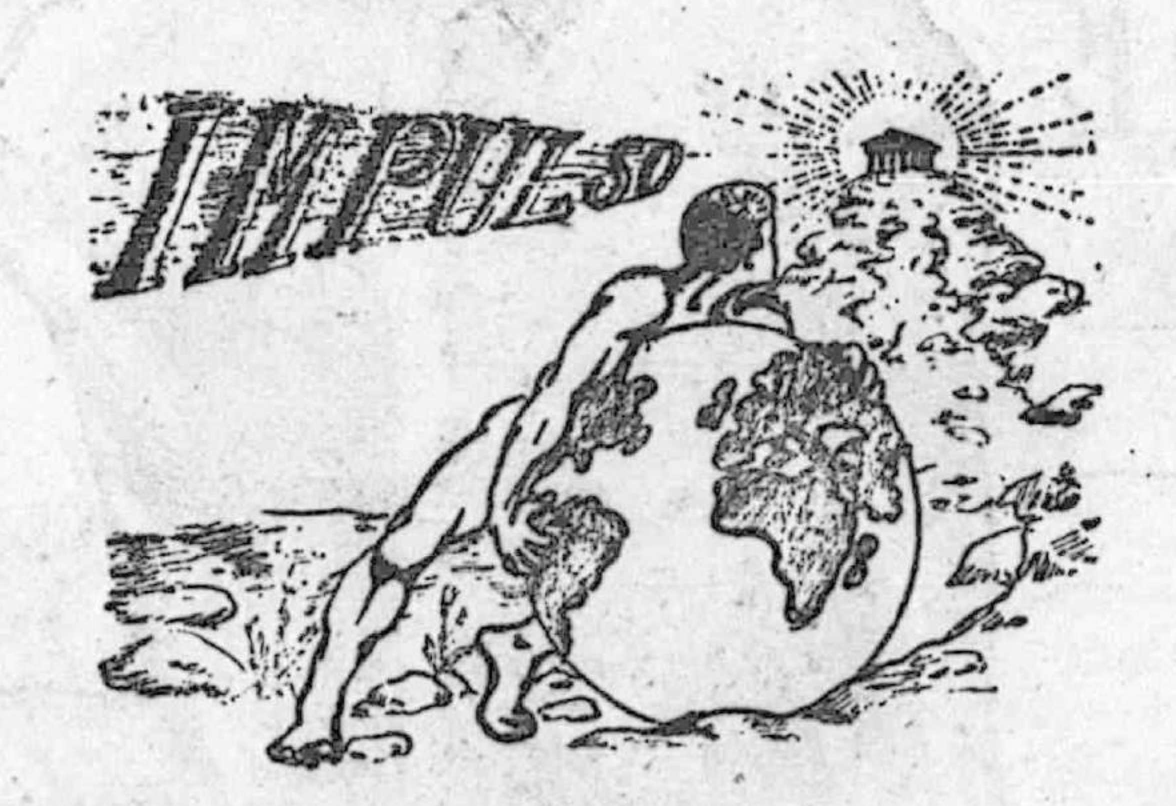
EL Nº. 4

El próximo número de "Impulso" aparecerá, salvo inconvenientes imprevistos, el 23 de Agosto, fecha del primer aniversario del asesinato legal de Sacco y Vanzetti. Contendrá varios interesantes trabajos y el retrato de los mártires.

EL HEROE



Una cruz militar sobre el cuerpo informe de un hombre que fué. He ahí la imagen expresiva y exacta de lo que es la gloria de la guerra.



REVISTA MENSUAL

EDITADA POR EL CENTRO "LIBERTAD"

Calle 25 de Mayo N°. 646

Punta Alta - F. C. Sud   República Argentina

Imp. La Nueva Comuna